

Alain Lipietz

Crisis e inflación, ¿por qué?

(I. La acumulación intensiva)

(Traducido por: Mirta Voldman y Jaime Silbert).

(Ediciones F. Maspero, París, 1979).

PRESENTACION

El material que presentamos a continuación al lector en español, forma parte de las conclusiones del libro antes señalado, cuyo primer volumen apareció en 1979, y el segundo está a punto de publicarse. Los artículos fueron traducidos el primero de la revista "Communisme", No. 2 (cuarto trimestre de 1978); el segundo de la revista "Le Temps Modernes" (1979), el tercero una nota de lectura sobre dicho libro, escrito por Bernard Fa-bregues, apareció en "Communisme", No. 5-6, tercero-cuarto trimestre de 1979.

Indudablemente estamos frente a un trabajo excepcional, y fundamentalmente porque muestra que lo que está en crisis no es el "marxismo", sino "ciertos marxismos". Además porque rescata en el método de Marx toda la verdadera riqueza de la dialéctica de las posibilidades que ofrece a quien aprenda verdaderamente a utilizarla. Es ese método dialéctico que partiendo de Hegel supo desarrollar Marx, es esa otra afirmación y recuperación importante que nos brinda Lipietz, es la vuelta a profundizar en la primera parte de *El Capital*, hoy en que muchos marxistas se vuelven: hacia Kant, declarando pomposamente, como en la fábula de Esopo (proclama la zorra), "¡las uvas están verdes", que la dialéctica es "pura metafísica".

El libro nos ofrece la posibilidad de comprobar, como podremos percatarnos por el material aquí presentado, que existe una gran y enorme diferencia entre socialismo o mejor dicho el comunismo y la ideología estatalizante. Dicha ideología fuertemente arraigada en la izquierda latinoamericana es una versión "izquierdizante" de la corriente populista tan viva y tan dominante en nuestro medio. La discusión no pasa, ni tampoco la disyuntiva, para quienes quieran ubicarse en el legado históricamente revolucionario de Marx, entre la "economía mixta" y la "economía planificada" (porque ambas son representaciones ideológicas), como lo plantea Carlos Rafael Rodríguez (vice Primer Ministro cubano), en una discusión reciente en México.

La fructuosa tentativa del libro, de hacernos comprender el papel que juega el Estado en la época de la "regulación monopolista" y de la "acu-

mulación intensiva", y la crítica que desarrolla frente a las versiones instrumentalistas del Estado, son un desafío, una invitación a recuperar dicha reflexión, aplicándola concretamente al estudio de las formas nuevas que adopta la intervención del Estado en nuestras formaciones sociales.

Y por último un elemento muy importante: el libro en su totalidad, y pensamos que también el segundo volumen, nos muestra que la Crítica de la Economía Política, el método desarrollado por Marx, o mejor dicho consolidado, desde los *Grundrisse*, no sólo ofrece una inigualable herramienta para la reflexión teórica, sino que también ofrece muchas más posibilidades en los estudios empíricos y concretos que cualquier otro método. Hay que romper con ese hábito de ser "marxista" en lo teórico y "keynesiano" o "positivista" en la realización de los estudios concretos.

Alain Lipietz es ya conocido por el público de habla española, su trabajo: *El capital y su espacio* ha sido publicado por Siglo XXI. Acaba de aparecer un artículo suyo titulado: "¿Hacia una Mundialización del Fordismo?" en la revista *Teoría y Política*, No. 7-8. El pertenece a una nueva generación de economistas marxistas en Francia, trabaja en el CEPRE-MAP (un Centro de Investigación Económica en París) y ya ha publicado trabajos anteriores en la Editorial de F. Maspero, el traducido por Siglo XXI y otro anterior titulado: *El Tributo de la Propiedad Urbana* (1974). Es uno de los que impulsa la revista *Partis Pris* (Toma de Posición).

Jaime Silbert.

DIALECTICA DE LAS FUERZAS PRODUCTIVAS Y LUCHA POLITICA

Por ALAIN LIPIETZ

El texto siguiente constituye la conclusión de la tercera sección de la primera parte de un libro "Crisis e inflación: por qué?", cuyo primer tomo aparecerá a comienzos del año 1979 en las ediciones F. Maspero. Dicha sección trata sobre el proceso de despojo del productor directo —su pérdida del dominio del proceso de trabajo— que constituye la esencia del "desarrollo (capitalista) de las fuerzas productivas". La importancia de la "teoría de las fuerzas productivas" en la crisis del marxismo, justifica la amplitud dada a la conclusión de esta sección.

Incidentalmente se abandonan allí las tesis de los "obreristas" italianos, más particularmente las de A. Negri. La traducción de sus obras al francés, con años de retraso, suscita actualmente una ola de interés por esas teorías. Aunque este texto no esté consagrado a ellas centralmente, puede servir de introducción al debate sobre el obrerismo. Por lo tanto he agregado como anexo, otros extractos de mi libro referentes a la crítica de las tesis de A. Negri.

Las notas numeradas son las de la versión actual del libro. Las marcadas con letras tratan de aclarar, para los lectores de "Communisme", las alusiones a otros pasajes del libro. No obstante, éstas no pueden paliar completamente ciertas dificultades del texto, provenientes del empleo de conceptos económicos y filosóficos introducidos progresivamente en las alrededores de doscientas páginas que preceden a este resumen.

A. L.

Con la presente sección se acaba nuestro estudio de las tendencias de la producción capitalista. Sabemos ahora cómo, en qué sentido y con qué fin, se opera la transformación de las normas de producción y de intercambio. Hemos medido las consecuencias que de allí resultan en el campo de los valores y los problemas que se plantean para la reproducción económico-social. Hemos mostrado que las tensiones que resultan de la contradicción entre la reproducción y la transformación de las normas, imponían la puesta en práctica, en un régimen de acumulación intensiva, de nuevas formas de regulación, resumidas en la noción de "regulación monopolista".

El punto de partida, es la lucha de clases en la producción, en el proceso de trabajo en sí mismo. Con el fin de reducir al máximo el trabajo necesario para la reproducción de la fuerza de trabajo, el capital desarrolla la cooperación al mismo tiempo que despoja al productor directo, del dominio de las fuerzas productivas, separando las potencias intelectuales y las potencias manuales del trabajo, e incorporando las primeras al dispositivo material de la maquinaria. Las consecuencias de esos procesos se miden en el espacio de los valores por el alza general de la productividad social (la cantidad de valores de uso que pueda producir el trabajo humano), y por una modificación continua de la participación fundamental en la cual la relación de propiedad capitalista recorta el valor de las mercancías: C, V y PL. Así, la tasa de explotación tiende a crecer y la composición orgánica igualmente, de manera tal que el rendimiento del capital (plusvalía sobre capital avanzado) tiende a bajar.

Los regímenes de acumulación intensiva que expresan este movimiento, sin embargo, no traducen las contradicciones. El estudio más preciso de las condiciones de la realización de la plusvalía relativa, nos ha llevado a plantear los problemas de la regulación. Mismo si la conservación de la norma del consumo obrero, con productividad creciente, es teóricamente concebible (lo que hemos llamado el "Esquema de Hierro"), esto tropieza en la realidad con las dificultades de la expansión de una producción creciente en un mercado que no tiende a extenderse. La acumulación intensiva parece exigir un modo de regulación tal que la extensión del mercado sea emparejada a priori con la extensión de la producción: nosotros hemos examinado más particularmente la extensión de la norma del consumo obrero, ligada al alza de la productividad, en la sección II. Esta ligazón toma la forma de una modificación de los determinantes del salario nominal, que tiende a ligarse explícitamente a los movimientos por el alza del costo de la vida y finalmente al alza de la productividad. Se va así hacia el esquema ideal de la "Edad de Oro", el de la "sociedad de consumo" (que entra finalmente en crisis con el freno del rendimiento de la productividad, debido él mismo a la resistencia obrera).

Dejando a un lado este último paréntesis, ¡la resistencia obrera parece ser doblemente buena para el capitalismo! ¡Primero obliga a los capitalistas a desarrollar la productividad social, luego los obliga a proveer de formas de regulación que hacen desaparecer las clásicas crisis de sobreproducción! A la inversa (y siempre sin hablar de la crisis), esas reformas del capitalismo son doblemente buenas para la clase obrera (alza del nivel de vida, pleno empleo).

Cuando se agrega que esos "éxitos" se consolidan por su sanción, a nivel político, en la legislación del trabajo (que prohíbe el trabajo de los niños, impone el salario mínimo de crecimiento, etc.), se llega inevitablemente a la idea de que el capitalismo no sería sino un instrumento del que se habría provisto la Historia para llevar al socialismo. Es suficiente con concebir a éste como el *vec-plus-ultra* de la eficiencia productiva, del crecimiento del consumo, y del dominio global de la economía.

Ese paso lo han dado temerariamente, muy numerosos marxistas. Teoría de las fuerzas productivas, apología del reformismo, fetichismo del Estado: allí se reconocen los sesgos clásicos del reformismo obrero, más particularmente del "revisionismo". Si se agrega que ese "revisionismo" puede encontrar sus cartas de nobleza en un gran número de pasajes de Marx, Engels y Lenin (sin contar por supuesto a Stalin), y que ciertas críticas al revisionismo no rompen en forma radical con las ideologías aquí denunciadas, se comprende que hoy en día se trate fuertemente de una "crisis del marxismo". Tampoco uno se asombra de ver a ésta proclamada en el momento en que el capitalismo se hunde en una de las crisis más graves de su historia. Este momento coincide con el derrumbe de las esperanzas que aquéllos que habían criticado, rechazado, la experiencia stalinista, habían depositado en las revoluciones cubana, china o vietnamita: el movimiento comunista mismo está en crisis¹.

Está lejos de mí la ambición de resolver esta crisis. Trataré simplemente aquí de aclarar uno de los aspectos del problema, aquél que se aborda en esta sección: la relación entre la lucha obrera y el progreso de las fuerzas productivas. Sobre este tema, se pueden clasificar los diversos discursos que se autoproclaman de Marx, de la siguiente manera:

Posición 1

El progreso de las fuerzas productivas es un bien en sí mismo, independiente de las relaciones sociales; lo que se reprocha al capitalismo, es distribuir mal los frutos. *Complemento*: se le reprocha también por trabar el desarrollo de las fuerzas productivas, ya sea (*variante 1*) por la anarquía del mercado y la competencia, ya sea (*variante 2*) por los despilarros y la esclerosis de los monopolios. *Enmienda*: la lucha de la clase obrera empuja sin embargo al capitalismo, a desarrollar las fuerzas productivas. De allí, hay dos pronósticos posibles. *Pronóstico 1*: la resistencia feroz del capitalismo obligará a la clase obrera a tomar las armas para imponer por fin, el pleno desarrollo de las fuerzas productivas. *Pronóstico 2*: la presión continua de la clase obrera y el reconocimiento de su papel positivo por las otras capas trabajadoras llevará a un amplio movimiento a hacer pacíficamente la elección correcta: el socialismo.

Reverso simple de la posición 1: el progreso de las fuerzas productivas es un mal en sí mismo, y si las relaciones entre los hombres son malas, es porque su relación con la naturaleza es mala.

¹ "¡Por fin la crisis del marxismo! Intervención de L. Althusser en el coloquio organizado por "El Manifiesto" en Venecia de noviembre 1977: *Pouvoir et opposition dans les sociétés post-révolutionnaire*, Scull, 1978. (Poder y oposición en las sociedades post-revolucionarias.)

Posición 2

El sistema de fuerzas productivas puesto en acción a un momento dado, no es sino el estado de una línea de frente, fluctuante entre el "Plan del Capital" y el "Contra-Plan de la Clase Obrera". El estado de las fuerzas productivas no es sino la materialización de una relación de fuerzas social.

Versión pesimista: el capital hace del proletariado lo que quiere. **Versión optimista:** la clase obrera tiene la iniciativa, pero el capital ha logrado hasta ahora oponersele. **Versión eufórica:** la clase obrera puede obligar al capital a pasar al socialismo.

Posición 3

Si ésta existiera, probablemente no habría crisis del marxismo.

Veamos esto más de cerca.

Por ramificada que esté actualmente, la primer posición surge de una matriz única: el "marxismo" al cual Marx decía no pertenecer, el marxismo de la I.a y de la III.a. Internacional. Es inútil taparse la cara: Marx mismo un poco, Engels más, Kautsky absolutamente, y en consecuencia Lenin y por supuesto Stalin y también Trotsky pero también la "ultra izquierda" de los años 20, en resumen, todos los "marxistas" han defendido, de una forma o de otra, la idea de un progreso histórico, menudido por el de las fuerzas productivas, del cual la burguesía y el proletariado se disputarían el papel de partero.

Desde las pelculas de Eisenstein, hasta las fotos de *La China en Construcción*, pasando por los poemas de Aragón², el titanismo social proletario ha querido aceptar el desafío de Julio Verne. Es significativo el odio inspirado a los dirigentes actuales de China por el dicho de Tchang Tchuen-kiao: "El sputnik partió y la bandera roja cayó"³.

Es inútil retomar aquí los desarrollos del capítulo X contra la "Re-

² Sin remontarse a "Journal L'Oural", se encuentran sus trazas en su bello poema nuestro en música por el anarquista Leo Ferré. *Je chante pour passer le temps*. (Canto para pasar el tiempo). ("Nosotros hemos hecho claros de luna / Para nuestros palacios y nuestras estatuas / Qué importa que ahora nos maten / Las noches caerán una a una. / La China se puso en Comunas..."). Como que las amalgamas de B. H. Levy no tuvieron fundamento...

³ De la dictature intégrale sur la bourgeoisie", Ed. De Pekin, 1975. (De la dictadura integral sobre la burguesía). Para poner las cosas en perspectiva, hay que recordar que el discurso de Mao Tse-tung donde figura el célebre diagnóstico "De ahora en adelante el Viento del Este domina sobre el Viento del Oeste", saluda justamente la partida del Sputnik ("Entretien avec les étudiants et stagiaires Chinois à Moscou") (Entrevista con los estudiantes y seminaristas chinos en Moscú), 17-11-1957, en Mao Tse-tung texte 1949-1958. Cerf. Texto no publicado en el tomo V de las *Oeuvres Choïsies* (Obras Escogidas).

En cuanto a las posiciones de los dirigentes, chinos actuales, son recordadas a lo largo de los artículos alrededor del tema: "La finalidad de la revolución, es desarrollar las fuerzas productivas." Ver por ejemplo, *Pékin-Information*, 1978, N° 3 ("La continuación de la revolución: sus objetivos", Wou Kiang), N° 4 (De aquí y en adelante se traducirán los nombres de los textos citados en francés y se omitirá el nombre original) ("Para continuar la revolución, es necesario desarrollar las fuerzas productivas?", Ling Kang). Se apoyan a menudo en el discurso de Lenin en el VIII Congreso de los Soviets de Rusia (1920), que predica la "gran producción moderna" contra "la pequeña economía".

volución Científica y Técnica" (a). Más interesante que denunciar esta invasión del marxismo por la ideología de la burguesía de las Luces, será reflexionar, a propósito de la tercera posición, sobre los fundamentos reales de la "ilusión progresista". No insistiremos tampoco sobre el "Complemento": nosotros hemos denunciado ya en el capítulo XV la idea de que el monopolismo sería culpable porque conduciría al estancamiento (b), en cuanto al problema de la "anarquía capitalista", volveremos sobre él más tarde (c), al tratar el debate sobre el "capitalismo organizado".

Lucha reivindicativa y fuerzas productivas

Más interesante es la discusión sobre la "Enmienda": la lucha de la clase obrera sería el aguijón del progreso de las fuerzas productivas. Ella es interesante porque contiene una parte de la verdad. Es porque no se puede aumentar indefinidamente la plusvalía absoluta (no teniendo el día sino veinticuatro horas...), porque no puede hacerse que los proletarios vivan del aire, que finalmente el capital no puede aumentar la tasa de plusvalía sino aumentando la productividad. Pero cada capitalista individual tiende a aumentar sus ganancias sub-pagando o sobre-utilizando la fuerza de trabajo, es decir, rompiendo con lo que constituye la esencia de un buen régimen capitalista: relaciones comerciales leales. De allí, la lucha reivindicativa de clase, no es sino la lucha de una parte comprometida en el mercado capitalista para obligar a los contrincantes a no "hacer trampas", a jugar las reglas del juego. Y ya lo hemos dicho, el medio de que la sociedad se vale "conscientemente" contra los abusos de su "propio organismo", es la instancia política en este caso particular: *la legislación del trabajo*.

Vemos entonces delinear un tipo de lucha obrera bien precisa que "desarrolla" las fuerzas productivas capitalistas. Su finalidad directa es imponer el precio de uso "normal"⁴ de la mercancía vendida: su palanca es la acción a nivel legislativo, que generaliza las conquistas parciales e impide el juego de los efectos perversos de la competencia⁵; su resultado, es el desarrollo de las fuerzas productivas capitalistas (cuya finalidad immanente es el desarrollo de la plusvalía relativa):

"Desde que la protesta creciente de la clase obrera fuerza al Estado a imponer una jornada normal, es decir a partir del momento en que éste prohíbe el método de aumentar la pro-

a) Ver la crítica de las tesis de R. Richa en el libro de B. Coriat, *Ciencias, técnicas y capital*, Le Seuil.

b) Es una tesis compartida por stalinistas y troskistas en los años 40, 50, 60 y que un estudio histórico puede desmentir suficientemente.

c) Este será el tema de la conclusión de la primera parte.

⁴ "Normal" en el sentido de que el salario está de acuerdo a la norma en vigor y a que el producto "duración x intensidad" permite una reproducción efectiva de la fuerza de trabajo.

⁵ Pueden haber efectos perversos de la competencia cuando la existencia de zonas de salarios muy bajos debido a la debilidad de la clase obrera, pone en discusión las ventajas adquiridas y el tipo de industrialización inducida en otra zona. Así, ciertos artesanos que pagan y tratan a su obrero (inmigrado, por supuesto), según normas asiáticas, han resistido mejor a la crisis que pequeños patronos que se habían equipado con máquinas modernas. Es el caso especialmente de las curtiembres de las franjas meridionales del Macizo Central. Mas generalmente, ciertas conquistas sociales no pueden ser impuestas sin riesgo de quebra, sino se comprometen igualmente a todos los patronos.

ducción de plusvalía por la multiplicación progresiva de las horas de trabajo, el capital se arroja con toda su energía y con plena conciencia a la producción de la plusvalía relativa por medio del desarrollo acelerado del sistema mecánico”⁶.

Todas estas consideraciones permiten a K. Marx exponer en forma magistral, frente al Consejo General de la Internacional, el lugar y los límites de la lucha sindical:

“La resistencia ejercida periódicamente por el obrero contra la reducción de los salarios, y los esfuerzos que periódicamente él realiza para obtener aumentos de salarios, están ligados inseparablemente al sistema salarial y están provocados por el hecho mismo de que el trabajo es asimilado a una mercancía y por consiguiente sometido a las leyes que rigen el movimiento general de los precios [...] En lo que concierne a la imitación de la jornada de trabajo [...] ésta no ha estado regida nunca de otra forma que por la *intervención legislativa* [...] Esta misma necesidad de una *acción política general* es la prueba de que en la lucha puramente económica, el capital es el más fuerte. [...] La tendencia general de la producción capitalista no es de elevar el nivel medio de los salarios, sino de bajarlo, es decir, de llevar más o menos el valor del trabajo a su límite más bajo. Pero si ésta es la tendencia de las cosas en este régimen, quiere decir que la clase obrera debe renunciar a su resistencia contra las usurpaciones del capital y abandonar sus esfuerzos por arrancar en las ocasiones que se presenten, todo lo que pueda aportar alguna mejora a su situación? Si lo hiciera, se rebajaría a no ser más que una masa informe, aplastada, de seres famélicos para los cuales ya no habría salvación. [...] Si la clase obrera aflojara en su conflicto cotidiano con el capital, se privaría ciertamente a sí misma de la posibilidad de emprender tal o cual movimiento de mayor envergadura. Al mismo tiempo [...] los obreros no deben exagerar el resultado final de esta lucha cotidiana. No las causas de estos efectos. [...] Es necesario que comprendan que el régimen actual, con todas sus miserias con las cuales los agobia, engendra al mismo tiempo las *condiciones materiales* y las *formas sociales* necesarias para la transformación económica de la sociedad. En lugar de la consigna conservadora: “Un salario justo para una jornada de trabajo justa”, deben marcar sobre su bandera la consigna revolucionaria: “Abolición del régimen salarial”⁷.

Esta última observación nos provee de algunos jalones para la definición de la “Tercera posición”. Pero antes de continuar, remarquemos bien que la separación no es entre lucha “puramente económica” y “lucha política”, porque la lucha por la jornada “normal”, lucha rigurosamente política, tiene el mismo status que la lucha salarial.

⁶ *El Capital*, libro I, Ed. Garmier Flammarion, p. 295 (los otros libros se citan según las Ediciones Sociales).

⁷ *Salario, precio y ganancia*, Ed. Sociales, p. 67.

Marx habla de la lucha contra las “usurpaciones”: Engels, como vimos, emplea este mismo nombre para definir la relación Estado capitalista con los capitalistas individuales. Usurpar, es transgredir la norma, no para abolirla, sino para desplazarla en su provecho. Es el comportamiento tendencial del agente privado en el mundo de la competencia, el comportamiento “corporativo”. Naturalmente, sólo la resistencia, máximo el Estado puede estabilizar, garantizar las normas fijadas. Pero la resistencia a las usurpaciones no es la lucha contra el sistema de normas: al contrario, ésta juega su papel dentro del concierto de las “fuerzas coercitivas”, de la ley del valor, ésta obliga a los capitalistas a ser verdaderamente empresarios y no rentistas. En resumen, la clase obrera desarrolla las fuerzas productivas del capital en la medida en que ella se hace comerciante capitalista de su propia fuerza de trabajo.

En este papel, la clase obrera no es sino uno de los términos de la estructura del modo de producción: constituye una “clase en sí”⁸. A esta naturaleza de clase en sí, corresponde una forma organizacional, entonces, para una clase (que es sólo una colección de individuos), una forma de existencia bien precisa: el sindicato, acompañado por su representación política: el partido social-demócrata. Esta primera forma histórica de la Asociación de los trabajadores es entonces una forma obligada, no es la de una clase que piensa fundar un mundo nuevo, sino la de una especie que se defiende en un mundo hostil. Es lo que Gramsci explica en el “Ordine Nuovo” cuando opone el sindicato a los Consejos y a los Soviets:

“Durante este período, el movimiento proletario no existió sino en función de la libre competencia capitalista. Las instituciones proletarias tuvieron que tomar ciertas formas no por efecto de una ley interior, sino por el de una ley exterior bajo la presión formidable de los acontecimientos y de las coerciones que derivaban de la competencia capitalista”⁹.

“En cierto sentido, se puede sostener que tales organizaciones son parte integrante de la sociedad capitalista y son una función inherente al régimen de la propiedad privada. En el período actual en que los individuos no tienen valor sino no en la medida en que son propietarios de mercancías y comercian con su propiedad, los obreros debieron también plegarse a la ley de hierro de la necesidad general y se vol-

⁸ “En la En-Sí reside, según Hegel, la identidad primitiva de los contrarios no desarrollados, que están escondidos en un objeto, un proceso, un concepto, en la Para-Sí intervienen la distinción y la reparación de dichos elementos ocultos y su antagonismo esencial”, Engels, *Anti-Dühring*.

⁹ “En el período inicial de su práctica, período de la destrucción de las máquinas y de la lucha espontánea, el proletariado no se encontraba en su conocimiento de la sociedad capitalista, sino en el nivel del conocimiento sensible y no captaba sino aspectos aislados y la conexión externa de los diferentes fenómenos del capitalismo. No era todavía sino lo que se llama una “clase en sí”. Pero desde el segundo período de su práctica, período de la lucha económica y política consciente y organizada (...), tuvo la posibilidad de comprender la esencia de la sociedad capitalista, las relaciones de explotación entre las clases sociales, sus propias tareas históricas, y llegó a ser entonces una “clase para sí”, Mao Tsé-tung. *Acercar de la práctica*.”

¹⁰ “La conquista del poder” (12-7-1919). En A. Gramsci, *Escritos Políticos*, tomo I. Gallimard, 1976.

vieron vendedores de su única propiedad: su fuerza-de-trabajo y su inteligencia profesional. Más expuestos a los riesgos de la competencia, los obreros acumularon su propiedad en "firmas" cada vez más grandes y que emplean un personal cada vez más numeroso, ellos han creado ese enorme aparato de concentración de carne de cañón, han impuesto precios y horarios y han disciplinado el mercado. Han contratado en el exterior o han sacado de sus propias filas un personal administrativo de confianza, entendido en ese tipo de especulaciones, capaces de dominar las condiciones del mercado, de estipular los contratos, de evaluar los riesgos comerciales, de lanzar operaciones económicamente rentables. La naturaleza esencial del sindicato es la competitividad, no es comunista. El sindicato no puede ser un instrumento de renovación radical de la sociedad".¹⁰

"El sindicalismo se manifestó como una simple forma de sociedad capitalista y no como una superación potencial de la sociedad capitalista".¹¹

Una vez más, el sindicato (o toda otra forma que cumple la misma función) es indispensable para luchar contra las usurpaciones. Pero no puede servir más de órgano de la Dictadura del Proletariado, que lo que las fuerzas productivas heredadas del capitalismo pueden ser utilizadas tal cual en la transición socialista. No hay más continuidad entre la resistencia de los obreros contra las usurpaciones y la misión histórica del proletariado en la marcha al comunismo, que la que hay entre las fuerzas productivas capitalistas y las fuerzas productivas comunistas (si esta última expresión tiene sentido).

La "enmienda" que hace de la lucha del proletariado el motor de desarrollo de las fuerzas productivas, él mismo considerado como la base del socialismo, olvidando que es entonces una clase "en sí", definida por las relaciones capitalistas, y apenas capaz de una conciencia corporativa ("trade-unionista", dice Lenin), cuya lucha desarrolla fuerzas que son ellas mismas específicamente capitalistas, esta enmienda, lejos de "quierdizar" la teoría revisionista de las fuerzas productivas, no puede sino inducir una concepción economicista de la lucha de clases. Encontramos una buena ilustración de esto en J. L. Dallemagne¹², quien puede escribir, con diferencia de pocas páginas: "Este aumento de la composición técnica del capitalismo expresa una modificación del proceso de trabajo que mejora su productividad. El desarrollo de las fuerzas productivas es, por lo tanto, una condición de existencia del modo de producción capitalista, determinada por la lucha de clases. Esta no es simplemente un antagonismo de lugares; tiene por función obligar a

¹⁰ "Sindicatos y Consejos" (10-10-1919). *Ibid.*

¹¹ "Sindicalismo y Consejos" (8-3-1920). *Ibid.*

¹² *La economía del capital*. Maspéró, 1977, para tomar un autor con opciones manifiestamente revolucionarias (Pronóstico 1). Pero encontramos exactamente la misma idea en los reformistas (Pronóstico 2): ver *El capitalismo monopolista de Estado*, Ed. Sociales, 1971, t. I, pp. 149 a 154.

la clase de los capitalistas: a conformarse a la legitimidad del modo de producción capitalista" (p. 111) y: "El capital se constituye a partir de las fuerzas productivas existentes, se desarrolla según sus propias fuerzas productivas, y no continúa su desarrollo sino produciendo fuerzas productivas que tienden a su destrucción y fundan el nuevo modo de producción" (p. 93).

Es cierto que J. L. Dallemagne se refiere a muchos textos de Marx que apoyan su tesis. No se trata de inclinarse frente al argumento de autoridad, pero será necesario, para elaborar la "Tercera posición", restablecer un poco de dialéctica en nuestra posición demasiado cortada: la "continuidad" que yo denuncio aquí, existe en cierto sentido. Por otra parte, J. L. Dallemagne, contrariamente a los revisionistas que sostienen el "Pronóstico No. 2" (la vía pacífica), insiste fuertemente en la necesidad de rupturas: "Es falso considerar a las fuerzas productivas, marcadas con el sello de las relaciones de producción que las engendran, e inútiles, o perjudiciales, para las relaciones de producción futuras. Como es falso esperar del desarrollo de dichas fuerzas productivas la instauración mecánica de relaciones de producción superiores".¹³

Pero esta necesidad de ruptura que imprime a la teoría de las fuerzas productivas una subjetividad revolucionaria, como en la joven Internacional, él no la ve sino en la incapacidad del capital de proseguir el desarrollo de las fuerzas productivas "que fundan el desarrollo del nuevo modo de producción", incapacidad que reside sólo en el modo de distribución de las riquezas. De allí, la *miseria* engendrada por las crisis juega el papel de varita mágica que transforma la lucha reivindicativa en lucha revolucionaria: "Se trata entonces de saber cómo el proletariado pasa de la lucha por el aumento del salario a la abolición del modo de producción capitalista. La respuesta está en el lugar que éste ocupa en el seno de este modo. En tanto que aguijón necesario para la reproducción del capital, el proletariado es el agente principal de la ley de baja de la tasa de ganancia, la cual, traduciéndose en crisis, lo transforma en víctima del capital. Sin reducir la trascendencia funcional del proletariado respecto de su base económica, es importante subrayar que ésta reside en la miseria engendrada por el desarrollo del capital en ocasión de las crisis, que son la palanca de la radicalización revolucionaria del proletariado. La miseria, agudizada por la crisis, revela la precariedad del ingreso en su existencia misma, y pone en cuestión el sistema de relaciones de distribución como reverso de las relaciones de producción".¹⁴

Una vez más, J. L. Dallemagne se apoya en observaciones de Marx o Engels que, en forma ambigua, se refieren a una realidad. Y yo no trato de ninguna manera de criticar la idea de que la crisis, trayendo la miseria, es un fermento revolucionario. Lo que quiero señalar es que:

—No son fuerzas productivas "ya socialistas" que ponen en crisis a las relaciones de distribución "todavía capitalistas", sino fuerzas de producción propiamente capitalistas. Es decir, que el desarrollo de las fuerzas productivas no alcanza a "hacer saltar la envoltura de las rela-

¹³ *Ibid.*, página 94. Por supuesto yo estoy en desacuerdo con la primera frase (en que el autor critica explícitamente a Ch. Bettelheim).

¹⁴ *Ibid.*, p. 209.

ciones capitalistas" como la crisálida hace saltar el capullo una vez que ella se transformó ya en mariposa. Como lo decía L. Althusser, no se puede escribir la Historia en pasado anterior ("el capitalismo había ya preparado...").

—No es la misma lucha de la clase obrera, con los mismos objetivos y las mismas formas organizacionales, en cierta forma no es la misma clase obrera la que desarrolla las fuerzas productivas y anula las relaciones de explotación capitalistas.

—No es —no solamente— luchando por el restablecimiento de condiciones "normales" de venta de la fuerza de trabajo, cuando la misma crisis prohíbe a la clase capitalista concederlas, que la clase obrera llega a derrocar el orden capitalista¹⁶.

Estando planteadas estas posiciones, digamos unas palabras acerca del "reverso simple" de la primera posición. Yo pienso por supuesto, en las tesis ecologistas y de convivencia ilustradas por Ivan Illich. Si la "ilusión progresista" encontraba bases materiales en el incontestable "progreso" de ciertas condiciones materiales de la existencia que acompañaba a los desarrollos de las ciencias en el siglo XIX (pocos obreros aceptarían volver a vivir en las condiciones del país de La Bruyère, aún si muchos proletarios están tentados por el Retorno a la Tierra —pero al alcance del 2 CV o del helicóptero de la civilización—), la derrota de la ilusión progresista tiene por base el incontestable retroceso de la seguridad, del confort, de la "alegría de vivir", que parecen acompañar actualmente a la continuación de la urbanización y de la industrialización.

La idea es siempre de que el desarrollo de las fuerzas productivas es un hecho, independiente de las relaciones sociales, pero que en reванcha, contribuye a darles forma. Es el desarrollo de los "mega-instrumentos" que engendra la jerarquía y la sociedad policial. Estos "mega-instrumentos", lejos de liberar al hombre, lo servilisan, lo embrutecen, lo contaminan, lo envenenan.

Naturalmente, un instante de reflexión es suficiente para destruir la tesis. La más modesta máquina de coser, cuando es puesta en funcionamiento bajo la autoridad de un patrón de manufactura, con el régimen salarial correspondiente (el salario por pieza), puede funcionar como un temible instrumento de tortura de las obreras. Y si el funcionamiento de las centrales nucleares supone un encuadramiento policial de la población, hay que recordar que este encuadramiento es previo a su construcción (como se vio en Malville en julio de 1977), que el desplazamiento libre de los proletarios, liberados de la Libreta de Trabajo, es una conquista bastante tardía y que por otra parte no ha sido adquirida todavía por los trabajadores inmigrados... que construyen las centrales. En resumen, las relaciones sociales modelan de punta a punta las fuerzas productivas: ya sea que recluten viejos medios de producción domésticos, sea que produzcan nuevos medios de producción que, por su carácter de inmensa acumulación de capital fijo, expresan abiertamente la naturaleza de las relaciones que las engendraron.

La crítica illichiana tuvo por lo menos un efecto positivo: durante los años 1968-1973, proveyó argumentos contra la "teoría de las fuerzas

¹⁶ Yo he compartido ampliamente esta idea de 1974 a 1977.

productivas". Pero, porque ella se equivocaba de blanco, corría el riesgo de equivocarse de aliados. Aún si es justo apoyar las aspiraciones radicales que se expresan en el rechazo de la producción y de los productos capitalistas, incluido el del corporativismo obrero que "defiende el empleo", es grande el riesgo, desde que se pierde la referencia a los intereses proletarios, de hacer el juego del "redespílegue" y del "crecimiento lento", que son actualmente tan caros a V. Giscard d'Estaing y a L. Stoléru. Todo en nombre de lo "cualitativo" opuesto mecánicamente a lo cuantitativo. "¿Ellos no tienen pan?", decía ya María Antonieta. Que coman bollos"¹⁶.

Esta crítica brutal no debe hacer olvidar el rol globalmente positivo del ataque llevado a cabo por el movimiento ecologista contra el culto de las fuerzas productivas, en el cual comulgaban la casi totalidad de las fuerzas de izquierda y de extrema izquierda y que los ha encerrado en una línea de resistencia economicista frente a la crisis.

—¿Cómo no nos dimos cuenta de que cada modo de producción, cuando llega al fin de su recorrido, alcanza límites en la explotación de la naturaleza que parecen ser los límites de la naturaleza en sí misma? Límites que él quiere sobrepasar exacerbando su dominación hasta la estagnación, es decir, la destrucción de lo que pretende desarrollar¹⁷.

—Que la toma de conciencia ecológica no sea otra cosa que la forma actual de la toma de conciencia de los límites de la producción capitalista: he aquí otra cosa que se nos había escapado completamente"¹⁸.

El obrerismo

Vayamos ahora a la Posición 2, que ve en las fuerzas productivas la materialización de una relación de fuerza entre las clases. Si la posición presentada en este libro (capítulo X) es más matizada (hemos tomado en cuenta la cooperación, la socialización del saber, su incorporación, en la maquinaria, etc.), ella se vincula principalmente a esta posición 2, en la medida en que el desarrollo de la cooperación está para nosotros dominado por la tendencia a la separación, al despojo del productor directo.

Esta posición, lo hemos dicho, está representada por dos corrientes teóricas: el altuserianismo francés y el obrerismo italiano. Los temas correspondientes (anti-productivas, anti-jerárquicos) se manifiestan desde hace diez años en el seno de la Confederación Francesa De-

¹⁶ Ver mi crítica de la convergencia de temas "neo-socialistas" y "neo-liberales", en: "Detrás de los programas, ver las fuerzas...", (*Le Temps Modernes*, diciembre 1976; retomada y desarrollada en la recopilación editada por S. C. Kolm, *Soluciones Socialistas*, Ramsay, 1978). Esta crítica es desarrollada por J. P. Garnier y D. Goldschmidt, *El "socialismo" con rostro urbano*, Ruptures, 1978.

¹⁷ Se descifra esta idea en filigrana en los estudios sobre la edad media de la Escuela de los Anales a propósito de la gran crisis de la segunda mitad del Siglo XIV, que quita a Europa más de la mitad de sus habitantes.

¹⁸ José Stoco, "¿Producir?", *Partis-Pris* N° 1, mayo 1978, ed. SEP, 1, rue Keller, 75011 París.

mocrática del Trabajo, es esencialmente en Italia que éstos han logrado "penetrar" tanto en el debate político como el sindical¹⁹.

Lo que se le reprochaba a la versión italiana de la teoría de las fuerzas productivas, era no solamente su gradualismo (el capitalismo desarrolla automáticamente las fuerzas productivas que engendran el socialismo) sino sobretudo la separación que ella inducía entre producción y repartición, entre la fábrica y la sociedad, entre lucha económica y lucha política, entre las condiciones materiales de la clase obrera y su conciencia de clase, lo cual lleva a separar la lucha de clases en la producción y el proyecto socialista. En resumen: el revisionismo rompe con el materialismo. La "reacción subjetivista"²⁰ a la teoría de las fuerzas productivas al contrario, va a concentrar su atención sobre la forma impuesta al proceso productivo por la relación social capital-obreros.

Una primera rama con Fox, Ferraris, Lettieri, etc., insiste esencialmente en la crítica de la organización del trabajo por el capital, y le opone proyectos del "nuevo modelo de desarrollo" y del "control obrero". Es evidentemente esta rama la que a través de la obra de A. Gorz ha tocado primero en Francia. Su principal defecto es reducir a la clase obrera a una pobre bestia que ha vendido su piel: la crítica de la forma en que se la golpea toma entonces necesariamente un tono moralista (es inhumano) o racionalista (se podría hacer tanto mejor con un poco de participación). Aunque no cae en este último defecto, la obra citada de A. D. Magaline no escapa al primero.

La otra rama, en apariencia totalmente opuesta, constituye el "filón obrerista" propiamente dicho. Frente al "plan" del capital se levanta el "Contropiano"²¹ de la clase obrera, que viene a bloquear la acumulación. La lucha de clases se reduce a una serie de ofensivas y de contraofensivas, llevadas al nivel del proceso de trabajo, y por consiguiente de la estructura del proletariado. Lo cual desemboca en una doble mitología (que criticaremos posteriormente): la de un capital dotado de razón planificadora estratégica, encarnado por su Estado, y aquella, simétrica, de la clase. Siguiendo la obra de A. Negri, se puede reconstituir el combate de estos dos titanes²².

Hasta 1917, la clase obrera se compone de obreros profesionales "poseedores" de sus conocimientos prácticos; la gran industria no estáaylorizada. Las revoluciones rusa, italiana, alemana, son la obra del obre-

¹⁹ Como lo he indicado, algunos (A. Gorz, después A. Granou) introdujeron en Francia en los años 60, ecos de la reflexión de los italianos. Pero A. Gorz (cuyos libros y artículos no carecieron de eco en la CFdt) se interesaba sobre todo en los técnicos. Seguramente porque no habla en Francia esas grandes luchas de obreros asalariados que hicieron caer al gobierno Tamburini.

²⁰ Según los términos de la tesis "sobre el materialismo" del Primer Congreso Nacional de Lucha Continua (Ed. Lotta Continua, 1975), (Nº 20). Esta organización procedía entonces a un balance de su filiación obrerista. La clasificación de las corrientes presentada aquí se inspira en esta Tesis.

²¹ Título de una revista obrerista.

²² Citado aquí según la recopilación *La clase obrera contra el Estado*, Galilée, 1978. Ver especialmente: "Sobre Keynes" (p. 33 ss.), "Marx sobre el ciclo y la crisis" (pp. 100-115), "Crisis del Estado Plan" (p. 184), "Proletarios y Estado" (tesis 1 y 6), y lo íntegro a la exposición que sigue, agregados sacados de S. Bologna (diversos artículos en *Lotta Continua* en 1977-1978).

ro profesional²³. Frente a la amenaza, el capital responde con el fordismo, que destruye al O. P., y lo sustituye por el obrero masa, zapando así la posibilidad de una organización proletaria de tipo elitista (leninista). Sin embargo esta "masificación" de la producción engendra la crisis de sobreproducción de los años 30; el Estado keynesiano interviene entonces imponiendo la extensión del consumo obrero. Dos ventajas: perder una parte para conservar el todo, frente a la presión obrera (entregar sus bases al reformismo obrero), y por otra parte comenzar la planificación del capital bajo la égida del Estado. Pero esta respuesta sigue siendo contradictoria. Porque la elevación de la composición orgánica del capital, "vía tecnológica de la represión", conduce a una baja de la tasa de ganancia, si no está compensada por un aumento de la tasa de explotación. La batalla del Obrero-Masa contra el Estado-Plan se va a llevar a cabo entonces en el terreno del salario: o el Estado-Plan logra mantenerlo dentro del límite fijado por el esquema de acumulación (el de la "Edad de Oro"), o el proletariado hace "saltar el plan del capital". Se asiste a una "simplificación de la lucha de clases": la tasa de repartición ganancia/salarios expresa directamente, políticamente, el "poder de comando" del Estado capitalista sobre la clase.

En los años 60, "el reformismo salió de su cama". La clase arranca aumentos de salarios que rompen el "milagro italiano", esas conquistas se generalizan al conjunto del "proletariado" (es decir, el ejército de reserva): estudiantes, pensionados, desocupados, etc. "La clase deviene proletariado sobre el terreno social entero". La lucha se lleva al terreno de los gastos públicos (capital del "Estado-fábrica"²⁴: autoreducciones, abuso de las licencias por enfermedad y de la caja de desocupación, etc.).

El compromiso histórico propone una renovación del keynesianismo, que se volvió a la vez impracticable (para el capital) y reaccionario (para el proletariado). En realidad, la crisis desencadenada por el capital es una verdadera operación de destrucción de las fuerzas productivas, cuyo objetivo es el obrero-masa engendrado por la automatización. Pero esta operación de "descenramiento productivo", encaminada a poner "la fábrica contra la sociedad" arrojando al desempleo al obrero masa, llevando aún más lejos la automatización y la terciarización, choca con la generalización del obrero-social. Cuando estalla en 1977 el "movimiento" de los estudiantes y de los "sub-empleados", los "autónomos" que siguieron a Negri no dudan en transferir a esta encarnación del obrero social, la antorcha que portaba en los años 60 el obrero-masa de Mirafiori.

Pero otra rama se desprendió del obrerismo para encontrar el campo del reformismo: con Asor Rosa, Cacciari y M. Tronti, ella habla de una "utilización obrera del capital". Las tesis de A. Negri conducen de hecho a esta misma conclusión: "La clase obrera, en lugar de ser manio-brada, se desplaza ella misma y subordina el capital a sus propios com-

²³ Efectivamente, "L'Ordine Nuovo" de Gramsci está profundamente marcado por el culto de la profesionalidad, del trabajador colectivo capaz de volver a poner en marcha las fábricas (ver nota 27).

²⁴ A. Negri, "El Estado, los gastos públicos", *Critiques de économie politique* N° 3, Mars, abril-junio 1978.

portamientos" 25. No obstante A. Negri remarca que queda siempre por destruir el último bastión del "poder de comando del capital": su Estado terrorista. Pero haciendo de la masificación del proletariado el producto de la reacción capitalista a la Revolución de octubre, y haciendo de esta masificación un bloque rígido e invencible, el obrerismo abre el camino a las tesis eufóricas que condujeron a algunos a unirse al proyecto neorevisionista del "nuevo modelo de desarrollo", a otros (como Lotta Continua) a hablar de una utilización obrera del revisionismo. Euforia que se vino abajo el 20 de junio de 1976 con la derrota del P. C. I. frente a la Democracia Cristiana.

Así, paradójicamente la Posición 2, que exalta la autonomía de la clase obrera, su estatuto de "clase para sí", llega a reunirse con los sostenedores de la enmienda a la Posición 1. Sea que ellos hayan elegido el campo de la "primera Italia", la que trabaja en las grandes fábricas y aspire a "hacerse Estado", es decir a tomar la dirección de la gestión de la crisis, o que hayan elegido la "otra Italia", la de los marginados que han declarado la guerra al Estado, ellos consideran que la clase tiene capacidad actualmente de imponer su plan o sus "necesidades" y no difieren sino acerca de la posibilidad de apoderarse tal cual del "poder de comando" encarnado por el Estado capitalista.

Hay en el origen de este callejón sin salida, un triple reduccionismo. Primero, una reducción de las relaciones capitalistas a la tercera de las relaciones constitutivas del modo de producción, que hemos presentado: la oposición capital/obreros en la organización del trabajo, omitiendo sistemáticamente la competencia intercapitalista y el carácter mercantil de la fuerza de trabajo (d). Esta reducción conduce al problema más general del "capital planificado", y nosotros trataremos sobre ello en la conclusión general de esta primera parte. Señalemos simplemente que ella lleva a hacer de la clase un bloque, sin que se plantee el problema de su constitución como clase para sí, más allá de la diversidad de las condiciones y de los estatus de los proletarios. Es por esto que el organismo tiende a exaltar la figura típica de un proletario representante de su época y que expresa la totalidad de los contenidos del comunismo en un momento dado del ciclo de las luchas: Gasparazzo o Alicia 26.

* *La clase obrera contra el Estado*, p. 285. Ver también 124, 126 y 205. La posibilidad formal de esta convergencia, a primera vista extraordinaria, pero confirmada por la adhesión de numerosos ex-obreros al P.C.I., explica posiblemente, que economistas miembros del P.C.F., como C. Pailloix (que, por el contrario, fustiga el pesimismo de Magaline) o S. de Brunhoff, no duden en citar elogiosamente a A. Negri (quien para el P.C.I., es un "fascista rojo").

d) La primera parte de mi libro presenta sucesivamente esas tres relaciones sociales: — el carácter mercantil de la economía capitalista (contradicción social/privado); — la separación del productor de la propiedad de sus medios de producción (de allí el régimen salarial, la "sumisión formal", del trabajo al capital);

— La separación del productor de la posesión, de la apropiación real de los medios de producción (lo que estudia la presente sección).

Presento en un anexo a este artículo, un extracto de la primer sección que muestra la incompreensión, en A. Negri, de la primera de estas relaciones.

26 Gasparazzo es el emigrado que escaló en los años 60 del Mediodía a las fábricas Fiat de Mirafiori. Alicia es la joven proletaria feminista, libre como el aire, del Movimiento de 1977.

Para una crítica de esta tendencia (que tiene al menos el mérito de buscar la base material de su proyecto político) ver "la línea actual de Lotta Continua: novedad y contradicciones", *Nuovo Impiego*, 1974, N° 330. Esta revista está animada por marxistas-leninistas "clásicos" salidos hacia 1969 del obrerismo (Luporini, etc.).

La segunda reducción hace de la relación social de apropiación real o de despojo una pura relación social, entre clases, y no una relación de los hombres, entre ellos en la apropiación de la naturaleza. Es por eso que el "obrerismo" ha podido tan fácilmente en 1977 abandonar el terreno de la fábrica: aun si la masificación ha tenido como campo el dominio del proceso de trabajo, una vez realizada la primera, el segundo no es más que un prefijo. Ser proletario no conduce más a un estatuto profesional de obrero. Las formas de cooperación, al interior del proceso de trabajo, que, en Marx, Engels, Lenin o Gramsci, fundaban el papel dirigente de la clase obrera (e inducía una fuerte desviación productivista 27 no tienen ya ninguna importancia cuando se desvaloriza a ese punto la autonomía, y la pertinencia del concepto de "fuerza productiva").

Una tercera reducción, que resume las precedentes, hace de esa relación vertical abstracta: la relación de "comando". Finalmente la lucha de clases no oprime más que la tiranía y la revuelta (o el proyecto reformador). La especificidad del modo de producción capitalista es disuelta. El materialismo se resume en la tesis, justa pero corta, de que "se tiene razón para rebelarse".

El doble aspecto del proletariado y de las fuerzas productivas capitalistas.

Disponemos actualmente de algunos elementos que, por la negativa, encuadran lo que podría ser una posición dialéctica revolucionaria del problema, la famosa "Tercera posición". Insistimos previamente sobre un punto: no se trata de un retorno a la "verdadera" posición marxista. Los sostenedores de la teoría de las fuerzas productivas encontrarán siempre citas para apuntalar el carácter "marxista" de sus tesis. Ch.

27 Los tres primeros han invocado a menudo el hábito de la disciplina industrial de los obreros (opuesto a las costumbres individualistas de los pequeños productores mercantiles) para fundamentar el papel de vanguardia del proletariado. En cuanto a Gramsci si bien nosotros hemos visto hasta qué punto ha sabido orientar las bases del corporativismo obrero en el propio estatus de "vendedor de su fuerza de trabajo" del proletariado, él sigue compartiendo con sus maestros anarco-sindicalistas (De León, Sorel), el culto de la profesionalidad propia del tipo de obrero del pre-fordismo: el O.P., que, si él mismo no es propietario de sus medios de producción, permanece, sin embargo, como su poseedor. Es por eso que Gramsci, quien critica radicalmente al régimen salarial, no pone en cuestión la organización del trabajo dentro de la empresa: "Cada uno es indispensable, cada uno ocupa su puesto y cada uno tiene una función y un lugar. Hasta la más ignorante y el más atrasado de los obreros, hasta el más vanidoso y el más "dandy" de los ingenieros, todos terminan por convencerse de esta verdad a través de la experiencia de la organización de fábrica: todos terminan por adquirir bastante conciencia comunista para reconocer qué gran paso adelanta representa la economía comunista por comparación con la economía capitalista" (p. 281).

"El obrero no puede concebirse a sí mismo como productor sino se concibe como una parte indispensable de todo el sistema de trabajo que se resume en el objeto fabricado, si experimenta, viviendo en él, la unidad de ese proceso industrial que exige la colaboración del obrero sin calificación, del obrero calificado, del empleado de administración, del ingeniero, del director técnico" (p. 285).

Una ideología tal viene bien a los relojeros autogestionarios de Lip (la Franche-Comté y es la cuna del anarco-sindicalismo?), es escandalosa para los obreros asalariados de Flins (y mismo para los obreros asalariados de Lip, como se ve en los problemas de la puesta en práctica de la cooperativa Lip en 1978.)

Para una tesis matizada de las tesis productivistas de Gramsci, ver los textos de Lotta Continua en "Les Temps Modernes" de junio 74: pp. 2225, 2227, 2254-2272. Ver también la crítica de la ideología italiana del "control obrero", que se inspira en el productivismo de Gramsci al mismo tiempo que lo supera, pero quedando atrapada en la fábrica. (pp. 2198-2200).

Bettelheim puede muy bien pasar los últimos textos de Lenin por el microscopio. B. Coriat puede muy bien intentar defender los *Grundrisse* contra Richa: es incontestable que Lenin encontraba cosas positivas en el Taylorismo y Marx en el maquinismo, que ellos pensaban que aquello podía siempre servir para la construcción del comunismo. Peor aún: contra los anarquistas, Engels y Lenin no titubean en hablar de la "saludable disciplina de la fábrica".²⁶

Podríamos conformarnos con hablar de "escorias": Marx y Lenin están inmersos en la ideología dominante de su propia época, y la visión del mundo tecnocrática de la burguesía impregna al proletariado. Pero esta visión del mundo tiene raíces materiales, y son éstas las que engendran a la clase obrera y a las fuerzas productivas capitalistas. Es entonces mucho más interesante volver directamente al estudio de la dialéctica objetiva de las condiciones de la producción y del proyecto revolucionario proletario, considerando que los textos ambiguos de Marx o de Lenin provienen justamente del carácter objetivamente contradictorio de esta dialéctica. Tomar en serio una dialéctica, es tomar en serio a la vez la unidad y la lucha entre los polos opuestos que constituyen su objeto. Es nuestra crítica de la teoría de las fuerzas productivas, bajo su forma "enmendada", nosotros no hemos tomado en cuenta más que un solo aspecto del problema: el carácter capitalista de las fuerzas productivas por una parte, el carácter "en sí" de la clase obrera, definida como lugar en las relaciones de producción capitalistas por otra parte.

Ahora bien, el proletariado presenta un doble aspecto:

—El se define como "clase en sí" por la estructura del capitalismo. Si no habría capitalismo, no habría proletariado. El proletariado es una situación, un "estado" en la sociedad capitalista. Los miembros de la clase obrera viven y comen dentro de sus relaciones de producción. Ahora bien, "hay que vivir".

—Pero, como "clase para sí", autónoma, que toma conciencia de su situación y quiere liberarse de ella, el proletariado es antagónico al capitalismo, tiende a su destrucción (por lo tanto a su propia abolición como clase de los proletarios explotados).

Estos dos aspectos están ligados indisolublemente: si no hubiera clase obrera en las relaciones de producción capitalistas, no habría tendencia a la revolución proletaria. Pero al mismo tiempo, ellos son polarmente opuestos: no es la misma cosa luchar por más salario, más control en la sociedad capitalista; y luchar por la abolición del régimen salarial, por el poder obrero. Esto corresponde a dos estrategias, dos tácticas, dos formas de organización contradictorias, aún cuando las dos estrategias pueden temporariamente confundirse en una táctica única y las orientaciones correspondientes pueden disputarse la hegemonía

²⁶ La cual permite a los nuevos filósofos reencontrar sin trabajo el Gulag en Lenin. Inútil es negar que, igualmente, la Inquisición está efectivamente dentro de los Evangelios (¿Cristo no dice: "Quien no está conmigo está en mi contra"? ¿"Tú eres Pedro Inicredulo del T.I. y sobre esta piedra voy a construir mi Iglesia"?). No es con respuestas así de miserables con lo que se combatirá a los Nuevos Filósofos, sino tomando en cuenta sus críticas de fondo al "marxismo históricamente constituido".

Naturalmente, no es porque Lenin y Stalin habían leído demasiado a Marx que la U.R.S.S. se empantanó en el capitalismo de Estado. Ch. Bettelheim muestra de forma mucho más materialista cómo la reproducción de relaciones capitalistas, base del punto de partida inevitable de la experiencia soviética, ha triunfado por sobre las tentativas, a menudo marcadas, es cierto, por ilusiones productivas, de hacer surgir relaciones y prácticas comunistas.

sobre una estructura organizacional sindical única. Porque esta lucha entre dos proyectos reposa sobre la base única de la condición material en la que se encuentra el proletariado en la sociedad capitalista.²⁷

Es por eso que Marx puede escribir, hablando del sindicato:

"Los sindicatos actúan útilmente en tanto que centros de resistencia a las usurpaciones del capital. Ellos no cumplen, en parte, con su finalidad, cuando hacen un empleo poco juicioso de su poder. Ellos no cumplen, por completo, con su finalidad, cuando se limitan a una guerra de escaramuzas contra los efectos del régimen existente, en lugar de trabajar al mismo tiempo por su transformación y de servirse de su fuerza organizada como de una palanca para la emancipación definitiva de la clase trabajadora, es decir, para la abolición definitiva del régimen salarial".²⁸

E igualmente Gramsci, que reconoce en la asociación, mismo primaria, del proletariado frente a la competencia del mercado capitalista, un elemento fundamentalmente positivo, reconoce en ese mismo asociacionismo la base material del reformismo, sin apelar de ninguna forma a la "traición de los jefes vendidos".

"El principio de la asociación y de la solidaridad, se vuelve la esencia misma de la clase laboriosa, cambia la psicología y el comportamiento de los obreros y de los campesinos. Se crean agrupaciones y organismos a través de los cuales se encarna ese principio; ellos sirven de punto de partida al proceso de desarrollo histórico que lleva a hacer comunes los medios de producción y de intercambio".²⁹

Y sin embargo: "Los obreros sienten que el conjunto de "su" organización se volvió un aparato tan enorme que ha terminado por obedecer a leyes que le son propias, inscritas en su estructura y en su funcionamiento complejo, pero extranjero a la masa que ha tomado conciencia de su misión histórica de clase revolucionaria. Ellos sienten que su voluntad no llega a expresarse de forma clara y precisa a través de las actuales jerarquías de su institución".³⁰

²⁷ Es la base de la táctica de "Frente Único" preconizada por Lenin en el IIIer. congreso de la Internacional Comunista. Señalemos que esta coexistencia de dos "ciencias de clase" en el proletariado prohíbe juzgar el carácter "anti-capitalista" de un movimiento de masas por la presencia de la clase obrera en su seno. En *El Capital* y su *Español*, yo escribía que en los movimientos de los "frentes llamados secundarios" (regionalismo, ecologismo, feminismo) coexistían una tendencia modernista (o retrógrada) y una tendencia anti-capitalista, y que esta última no podía progresar sino por la ligazón de ese movimiento con la lucha de clases. Yo hubiera debido precisar que la "hegemonía proletaria", no es de ninguna manera garantía (e incluso tampoco la presuptione) por la implicación de la clase obrera, que tiene que ver ella misma con esta ambivalencia.

²⁸ Conclusión de *Salario, precio y ganancia*.

En el Manifiesto, Marx y Engels eran aún más claros: el principal interés de la lucha reivindicativa, es que ésta desarrolle el asociacionismo, y éste a su vez permite una forma de lucha superior. "De vez en cuando los proletarios triunfan, pero sólo por un tiempo. El fruto real de sus luchas reside, no en su resultado inmediato, sino en la extensión de la función de los trabajadores."

²⁹ "La conquista de Poder".

³⁰ "Sindicatos y consejos".

Pero de la misma manera que el sindicato es inútil para el poder obrero, igualmente las fuerzas altamente productivas y socializadas del capitalismo desarrollado forman una base en gran medida inutilizable para la edificación del comunismo.

Y sin embargo, en los *Grundrisse*, aún cuando denuncia el carácter "ajeno" al productor del sistema automático de máquinas, reconoce en éste "las condiciones materiales capaces de hacer estallar la estrecha base del capital"³³.

Es que las fuerzas productivas desarrolladas por el capitalismo tienen ellas también un doble aspecto: socialización extrema de los potenciales manuales e intelectuales del trabajo combinado, capaz de reducir al máximo el tiempo de trabajo socialmente necesario para la reproducción de los productores, pero esto último bajo la presión de la apropiación privada por parte de los capitalistas, que no reducen el tiempo de trabajo necesario más que para acrecentar la plusvalía. Socialización en un doble, y en un triple sentido: disolución de las barreras entre las ramas por aumento de los consumos intermedios, de rama a rama y de país a país, desarrollo de la cooperación, de más en más compleja, al interior de cada unidad de producción, fusión del conocimiento práctico y de las experiencias parcelarias en un saber científico general. Pero apropiación privada en un triple sentido: monopolización de los medios de producción entre las manos de los capitalistas, despojo de productores e incorporación de sus conocimientos prácticos a la maquinaria compleja bajo la sola autoridad de los agentes de la dominación capitalista, enrolamiento de las potencias intelectuales bajo la forma de una "ciencia" separada, del lado del capital.

Nosotros hemos mostrado, en el capítulo X, la unidad de esos dos aspectos: sin la propiedad capitalista, no hay socialización de las fuerzas productivas. Pero hemos esbozado en el capítulo XV, la lucha entre esos dos aspectos, que constituyen la *contradicción fundamental del capitalismo* (que desarrollaremos en la II^a y III^a parte): aumento de la composición orgánica reduciendo la tasa de ganancia, desvalorización del capital comprometido compensando su valorización, contradicción entre el alza de la tasa de explotación y el aumento de la masa de mercancías a realizar.

Hay dos formas de entretener la lucha a partir de la unidad en la contradicción, y A. Heller ha mostrado magistralmente cómo Marx oscilaba entre las dos³⁴:

—la vía evolucionista, en la que uno de los aspectos es necesaria y progresivamente dominado y reabsorbido, donde el otro aspecto se desarrolla al punto de "sobrepasar" la contradicción. Se contentan con prolongar la unidad reabsorbiendo los aspectos negativos del primer aspecto:

—la vía de la *autonomización* de uno de los aspectos, y de la *ruptura* revolucionaria:

³³ Tomo 11, p. 223, Edit. Anthropos.

³⁴ Además Heller, *La teoría de las necesidades en Marx*, UGE 10/18, 1978. Ver en particular el capítulo IV. No obstante, en el detalle de la exposición, A. Heller confunde a menudo diferentes problemas, cambiando ora de idea, ora de ejemplo (ver la nota 55). La introducción de la "teoría de las necesidades" ha tenido una importancia muy grande en Italia en el momento de la crisis del obrerismo. Ver por ejemplo los artículos de A. Negri, A. Vignorelli, P. A. Rovatti, *A ut Aut*, 155-156, septiembre-diciembre 1976.

La teoría de las fuerzas productivas, el evolucionismo del "marxismo" de la II^a y de la III^a Internacionales, toma la primera vía: la apropiación privada desaparece y la socialización triunfa. De allí el interés de la crítica por los altusianos de los residuos de la dialéctica hegeliana en ciertos textos de Marx. Especialmente el famoso prefacio de la

Contribución:

"En un cierto estadio de su desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, o, lo que no es sino su expresión jurídica, con las relaciones de propiedad en el seno de las cuales ellas se movían hasta entonces. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas que eran, esas relaciones se convierten en sus trabas. Entonces se abre una época de revolución social. El cambio en la base económica conmueve más o menos rápidamente toda la enorme superestructura (...) las relaciones de producción burguesas son la última forma contradictoria del proceso de producción social, contradictoria no en el sentido de una contradicción individual, sino de una contradicción que nace de condiciones de existencia social de los individuos; sin embargo las fuerzas productivas que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa crean al mismo tiempo las condiciones materiales para resolver esta contradicción. Con esta formación social se acaba entonces la prehistoria de la sociedad humana". Se vuelve a encontrar la misma idea en el *Capital*:

"El monopolio del capital se vuelve una traba para el modo de producción que ha crecido y prosperado con él, y bajo sus auspicios. La socialización del trabajo y la centralización de sus fuerzas materiales llegan a un punto en que ellas no pueden más mantenerse en su envoltura capitalista. Esta envoltura se quiebra en pedazos. La hora de la propiedad capitalista ha sonado. Los expropiadores son expropiados a su vez"³⁵.

Esta concepción de la "superación" presupone una cierta idea de la unidad de los elementos en lucha: los dos polos permanecen exteriores uno al otro, y lo que fundó su unidad funda también la victoria de uno de ellos. En el caso de las fuerzas productivas, la forma de la socialización es independiente del hecho de que existe socialización por parte de propietarios-explotadores privados. Ciertamente, los capitalistas han socializado las fuerzas productivas, pero... las fuerzas productivas socializadas son fuerzas productivas socialistas³⁶. La crisis es ya una mariposa cuando hace estallar el capullo...

³⁵ *El Capital*, I, cap. XXXII "Tendencia histórica de la acumulación capitalista", p. 566. En el conjunto del desarrollo, la "tendencia" al retroceso del Capitalismo, figura en el prolongamiento exacto de las grandes "leves tendenciales" de la acumulación (centralización, etc.). Sin embargo remarca A. Heller, Marx introduce allí el eco de "la otra dialéctica" (la rebelión de los explotados) sin que ello sea necesario a la argumentación presentada.

³⁶ Como lo señalan los autores de *Para leer el Capital*, para esto es necesario reducir el carácter privado a la propiedad jurídica, e ignorar la relación de apropiación real.

Frente a esta posición, la crítica althusseriana ha reafirmado el carácter capitalista de las fuerzas productivas que hacen saltar la "envoladura": la crisis no siempre está presentable. De allí, la crisis no es sino un momento de la reproducción de la correspondencia entre relaciones de producción y fuerzas productivas. No solamente ello no permite "superar" las relaciones capitalistas, sino aún (posición extremista de Balibar), ni siquiera las pone en peligro.³⁷

Señalemos que esta crítica vale igualmente contra el obrerismo³⁸. Según una vieja tradición del marxismo italiano (se la encuentra tanto en A. Gramsci como en A. Bordiga), el obrerismo identifica inmediatamente, o al menos muy rápidamente la clase en sí y la clase para sí. El capital crea al obrero-masa para destruir al obrero profesional, pero el obrero-masa se levanta inmediatamente frente a aquél con un nuevo "contra-plan". E igualmente con el obrero social. Por supuesto, el deslizamiento existe en Marx tanto respecto al proletariado como a las fuerzas productivas:

"El desarrollo de la industria, cuyo promotor involuntario es la burguesía, reemplaza el aislamiento de los trabajadores, debido a la competencia, con su unión revolucionaria, debida a la asociación... lo que la burguesía produce entonces, por sobre todo es su propio enterrador. Su caída y la victoria del proletariado son igualmente inevitables".³⁹

¿Pero el enterrador en sí es un constructor para sí? El obrero-masa, el obrero-social, ¿está espontáneamente dotados de "capacidad hegemónica", capaces de "presentar su interés como el de la sociedad toda"? Es esto lo que no dudan en afirmar los obreristas, confundiendo a menudo "interés obrero" y "necesidades radicales".⁴⁰ Ahora bien, la clase tal como es, constituida por el capital, tiene "intereses" que defender en esta sociedad, que no son necesariamente radicales y necesariamente los de sus aliados.

Finalmente, la "superación hegeliana" no nos lleva, sino al capitalismo⁴¹. ¡Las fuerzas productivas legadas por el capitalismo son reaccionarias, y la clase obrera, responsable en última instancia del desarrollo de esas fuerzas, integrada y corporativizada dentro del orden capitalista, no está lejos de ser también reaccionaria!

La ilusión de la "Página en Blanco".

Pero entonces, ¿no sería mejor fundar el proyecto socialista sobre la existencia de desarrollo de las fuerzas productivas, y por qué no, sobre

³⁷ ¿Cómo entonces "hacer avanzar" la Historia? E. Balibar es totalmente incapaz de responder (ver mi artículo *De Althusser a Mao?*, *Les Temps modernes*, nov. 1973).

³⁸ Se puede, por otra parte, aplicar al obrerismo, la crítica althusseriana del Historicismo, que quiere que el hombre, producto de una época dada, sea naturalmente capaz de transformar dicha época.

³⁹ Conclusión del primer capítulo del Manifiesto, "Burgueses y proletarios".

⁴⁰ Distinción desarrollada por A. Heller.

⁴¹ Es lo que A. Glucksmann había comprendido a mediados de los años 60, leyendo *Por Marx*, y de lo cual hizo un "éxito" comercial, diez años después, con *Los Maestros-pensadores...*, pero contra Marx.

la ausencia de la clase obrera? La reacción subjetivista al revisionismo se repliega, en ciertos países, hacia los años 60, hacia esta posición: el Tercer-Mundismo. Esta disposición de muchas banderas: las luchas del Tercer-Mundo, la estrategia del "Che", la frase de Mao: "Es sobre la página blanca que se escribe el poema más bello." ¡Esta reacción admite la ineluctabilidad, la imposible "superación" de la contradicción, pero la resolvía negando uno de sus aspectos! Haciendo esto, tuvo en un primer momento un papel principalmente positivo, y el mismo doblemente. Por una parte, como el obrerismo, ella incriminaba las fuerzas productivas desarrolladas, en las que la tradición marxista veía el fundamento, incluso la finalidad del socialismo. Por otra parte, ella rompía (por segunda vez, después de Lenin) el dogma que va junto a la evolución mismo hegeliano: la imposibilidad de saltar las etapas, la sucesión de los modos de producción regulada como una ley natural. K. Marx, que decididamente proveyó tantas piedras para edificar un mausoleo como para destruirlo, había justamente considerado el caso, y justamente a propósito de los países "sub-desarrollados", de los "eslabones débiles". En una carta a Vera Zasulich, él evoca la posibilidad de pasar de la comunidad campesina rusa al socialismo, "saltando" la etapa capitalista: "Si Rusia continúa siguiendo el camino que tomó en 1861, perderá la posibilidad más grande que la historia haya jamás ofrecido a un pueblo, y pasará entonces por todas las funestas vicisitudes del sistema capitalista".⁴²

La idea es simple: cuando se tiene la suerte de tener una relación de los hombres con la naturaleza "ya" socializada sin que esto se haya hecho por medio de una subordinación a un propietario único, sería absurdo pasar por la trayectoria pequeña propiedad-propiedad monopolista-capitalismo de Estado-socialismo.

Se sabe que Lenin, que primeramente se había inclinado por la estrategia "clásica" (desarrollar el capitalismo de Estado para quebrar la pequeña producción) trata, con la N. E. P., de luchar contra la formación de una burguesía de Estado a través de la libre asociación de los campesinos.⁴³ Esta estrategia fue conscientemente puesta en práctica por Mao Tse-tung, quien, no dudando que "en definitiva la solución está en la mecanización", reafirmó siempre la primacía de la cooperación sobre la mecanización.

Ahora bien, esta estrategia acaba de fracasar. Si, como yo pienso, ella ha fracasado por razones tácticas y no de fondo, el golpe es muy grave para aquéllos, entre los cuales me cuento, que habían creído ver en el maoísmo una respuesta por fin sólida (más allá de la falsa oposición trotskista) al estalinismo.

Toda la dificultad provino de que, sin el despotismo capitalista, no se tenía tampoco la socialización y la productividad de las fuerzas productivas capitalistas. Se había olvidado la unidad de la contradicción. Mao había muy bien dicho "hacer la revolución y promover la producción", pero aquéllos que insistían sobre el primer aspecto olvidaban el segundo, y los otros han sabido conquistar la mayoría sobre un tema:

⁴² Carta a Vera Zasulich del 8 de marzo de 1881, publicada en *L'Homme et la Société* Nº 5, Editions Anthropos.

⁴³ Cf. Ch. Bettelheim. *Las luchas de clases en la U.R.S.S.*, T. I.

"Desarrollemos la producción, y qué importa si se desarrollan al mismo tiempo las relaciones de producción capitalistas. Gato negro, gato blanco, el buen gato es aquél que atrapa los ratones". Por más que los maoístas proclamaron su voluntad de desarrollar las fuerzas productivas, pero no a cualquier precio⁴⁴, la profecía de Marx se cumplió:

"El desarrollo de las fuerzas productivas es una condición práctica previa (del comunismo), absolutamente indispensable, pues, sin él, es la penuria la que se vuelve general, y con la necesidad, es también la lucha por lo imprescindible que recomenzaría y se volvería a caer fatalmente en el mismo viejo lodazal"⁴⁵.

Para una dialéctica revolucionaria de las fuerzas productivas.

Podemos tal vez ahora avanzar un nuevo paso retomando el problema de la contradicción con más sutileza: es la segunda vía evocada. Se trata de comprender cómo, bajo qué condiciones, sobre la base de la unidad y de la lucha de los dos aspectos de la contradicción, uno de los aspectos puede autonomizarse y transformar los términos de la con-

"Chang Chuen-kiao, *op. cit.*: "En tanto que las comunas populares no tendrán bastante que ofrecer para "practicar la comunidad de bienes" con las brigadas y los equipos de producción, y que el sistema de propiedad del pueblo entero, no dispondrá de una extrema abundancia de productos para aplicar, entre nuestros 800 millones de habitantes, el principio de la repartición según las necesidades, no se podrá sino conservar la producción mercantil, el intercambio por intermedio del dinero y la repartición según el trabajo. En cuanto a los efectos perjudiciales que derivan de ello, hemos tomado y seguiremos tomando medidas adecuadas para limitarlos."

"Las medidas adecuadas", es la Revolución cultural, la crítica a Lin Piao y a Confucio, la campaña (que lanza el artículo) contra el derecho burgués. A qué es necesario referirse al mito de la "página en blanco". Ciertamente, China es, desde el punto de vista del desarrollo de las fuerzas productivas "modernas" (capitalistas o socialistas), una "página en blanco". No obstante, las relaciones de producción que modelaron a China durante 4.000 años no la hacen de ninguna manera una "página en blanco". Mismo si Mao no tiene una conciencia inmediata de ello, en el *manifiesto ideológico*, China no tiene nada de socialista, cuando en 1977 las relaciones de propiedad jurídica se adelantaron considerablemente a todos los otros aspectos de la realidad social. "El socialismo llegó muy brutalemente al país. Nosotros hemos sido la vaca que pace hierbas y no las rumia sino más tarde", él escribe el 8 de julio de 1977.

En realidad, la "página en blanco" está tan garabateada que hasta la Gran Revolución Cultural Proletaria será contaminada por las formas ideológicas de la cultura china tradicional. Puesto que hay una forma de no desarrollar el capitalismo, sin por eso marchar hacia el modo de producción "asiático", tributario centralizado, con su confianza ciega, religiosa, en el Estado y el emperador, investido del "mandato del cielo". Esta forma repugnante de movilización de las masas será fomentada por la línea de Lin Piao, que será denunciada y vencida por Wang Hong-wen en la Conferencia de Lushan, y criticada luego por los Cuatro como "fascista-fetida". En cuanto a Hua-Guo-feng, él cuidará bien de movilizar en su beneficio al mito del "mandato" ("eres tú quien se ocupa de las cosas, entonces yo estoy tranquilo...").

En *La base social de la camarilla de Lin Piao*, Yao Wen-yuan atribuirá sin embargo, esta línea a la *pequeña propiedad mercantil*, especialmente campesina. Esto no es de ninguna manera contradictorio: en un régimen tributario, el pequeño campesino permanece "poseedor" de su parcela y tiende a dirigirse directamente a un Estado todopoderoso, es así como Marx analiza el bonapartismo de Napoleón III (en *El Dictador Bonaparte de Luis Bonaparte*).

(Como representación política del "saco de papas" que representaba a los pequeños productores campesinos (sobre esos puntos, ver mi artículo "La dictadura del proletariado", *La Commune*, N° 2, 1976, S. E. P., 1, rue Keller, 75011, París.)

⁴⁴ *La ideología alemana*, *op. cit.*

tradición (por consiguiente transformarse a sí mismo). Es el problema fundamental de la dialéctica materialista de Marx. Se lo encuentra en todas partes: desde la concepción de la Historia ("Los hombres hacen su propia historia sobre la base de condiciones dadas, heredadas del pasado") al mecanismo de la plusvalía relativa (ver nuestro capítulo XIII (e)), de hecho es ya el esquema el "paradigma" de la dialéctica del trabajo⁴⁶.

La dificultad de esta dialéctica, es que el lado de las "condiciones dadas", el lado de la contradicción que plantea la unidad y la lucha (pero la lucha que reproduce simplemente la unidad), habiendo sido dicho lado el objeto de las investigaciones del materialismo burgués, aquél del siglo XVIII, el lado "transformación", "autonomización", ha sido arrojado hacia el espiritualismo.

"El principal defecto de todo el materialismo pasado —incluso el de Feuerbach— es que el objeto, la realidad, el mundo sensible no son tomados allí sino bajo la forma de objeto o de intuición, pero no en tanto que actividad humana con-

(e) La teoría de la plusvalía relativa supone que el valor social está dado y que a pesar de ello, ésta puede cambiar, "apoyándose" sobre lo dado. En mi libro, nuestro que Marx utiliza razonamientos que hablo adquirido particularmente ejercitándose en el cálculo diferencial, pero que se encuentran ya esbozados por los materialistas de la antigüedad Epicuro y Lucrecio bajo el nombre de "clinamen".

⁴⁶ Los fundamentos de esta dialéctica se exponen en el capítulo VII del *Capital* ("Producción de valores de uso").

Sus puntos claves son los siguientes: "El trabajo es primeramente un acto que ocurre entre el hombre y la naturaleza. El hombre juega el mismo con respecto a la naturaleza, el papel de una potencia natural. [...] Al mismo tiempo que él actúa por su movimiento sobre la naturaleza exterior y la modifica, modifica su propia naturaleza, y desarrolla las facultades que ahí dormitan."

Remarquemos que hasta aquí se puede decir lo mismo que de una molécula de A.D.N.: esto es la dialéctica epinostrica de la reproducción, aquella sobre la cual se basaban los althusserianos. Pero Marx continúa inmediatamente: "Nosotros no nos detenemos en este estado primordial del trabajo donde todavía éste no se ha despojado de su modo puramente instintivo. Nuestro punto de partida es el trabajo bajo una forma que pertenece exclusivamente al hombre. [...] Aquello que distingue desde el principio al peor de los arquitectos, de la abeja más experimentada, es que el primero ha construido la célula en su cabeza antes de construirla en la colmena. El resultado al cual el trabajo arriba, preexiste idealmente en la imaginación del trabajador. Esto no significa solamente que él opera un cambio de forma en las materias naturales: realiza al mismo tiempo su propia finalidad, de la cual él tiene conciencia, que determina como ley su modo de acción, y al cual él debe subordinar su voluntad."

Esto aclara el problema de las condiciones de la producción: "El medio de trabajo es una cosa o un conjunto de cosas que el hombre interpone entre él y el objeto de su trabajo como conductores de su acción. El se sirve de las propiedades mecánicas, físicas, químicas de ciertas cosas, para hacerlas actuar como fuerzas sobre otras cosas, conformemente a su finalidad. [...] Aunque esté mínimamente desarrollado, el trabajo no podría arreglárselas sin los medios ya trabajados. [...] Además de las cosas que sirven de intermediarias, de conductores de la acción del hombre sobre un objeto, los medios de trabajo comprenden, en un sentido más amplio, todas las condiciones materiales que, sin entrar directamente en sus operaciones, son sin embargo indispensables o cuya ausencia las volvería defectuosas. El instrumento general de este tipo es todavía la tierra, debido a que ella brinda al trabajador el *locus standi*, su base fundamental, y a su actividad, el campo donde ella puede desplegar su *field of employment* [su campo de realización]. Los medios de trabajo de esta categoría, pero debidos ya a un trabajo anterior, son los talleres, las canteras, los canales, las ruinas, etc."

"A la vez base y campo de despliegue...": nosotros reencuentramos la dialéctica de la Historia y aquella de la plusvalía relativa.

creta, en tanto que *praxis*, de forma no subjetiva. Esto es lo que explica por qué el lado activo fue desarrollado por el idealismo, en oposición al materialismo" 47.

El lenguaje se encontró así encerrado en una serie de parejas ("objeto/sujeto", "necesidad/libertad") de las cuales uno está obligado a servirse, igual como un texto que quiere ser formal debe utilizar la "lengua natural".

Nosotros habíamos hecho ya este señalamiento respecto de la pareja social/privado, en la Primer sección (f). Y allí otra vez, la crítica "anti-humanista teórica" dirigida por L. Althusser a Sartre, John Lewis, Karel Kosik, y otros agentes de la trascendencia, lejos de ayudarnos, tiene que ver más bien con "el espíritu de la fortaleza" actualmente denunciado. Pero por poco con "el espíritu de la fortaleza" actualizada sobre la pura reproducción de las condiciones, y sin embargo surgida sobre la base de las condiciones (que se llame necesidad, proyecto, aspiración, o lo que se quiera), la dialéctica de las fuerzas productivas puede reabrir-

"K. Marx y F. Engels, *Primera Tesis sobre Feuerbach*". Muy significativamente, cuando ella quiere distinguir las dos dialécticas. Agnes Heller utiliza los calificativos "hegeliana" y "fichtiana", siendo este último el del desarrollo de la "conciencia de sí". En realidad, si se saca de la dialéctica de Hegel el "devenir-sujeto-de-la-sustancia", se encuentra simplemente a Espinoza. Por otra parte Marx (en *La Sagrada familia*) identifica en la obra de Hegel dos elementos heredados: la sustancia espinocista y la conciencia de sí fichtiana (ver sobre este tema la presentación por J. Pommer de la "Disertación" de Marx: *Diferencia de la filosofía de la naturaleza en Demócrito y Epicuro*, Ducros, Bordaueux, 1970). Sobre la operación althusseriana que consiste en suprimir de Hegel la conciencia-de-sí, ver el Apéndice de mi artículo en la edición italiana: *De Althusser a Mao?*, Aut, Milán, 1977.

Nosotros hemos dicho que el esquema de pensamiento, el "paradigma" originario de la dialéctica marxista era en realidad ese movimiento que distingue la física de Epicuro y de Lucrecio de la de Demócrito: el "cinamen" la declinación de los átomos. En el lenguaje todavía hegeliano, ¡digo muy joven Marx (1838)! ese cinamen (que alcanzó actualmente una celebridad y dignidad renovadas gracias al libro de M. Serres, *El nacimiento de la física en el texto de Lucrecio*, Minuit, 1977) representa justamente la afirmación del ser-parasí singular, por oposición a la trayectoria de los átomos en línea recta que representa la determinación por un centro exterior.

Es desconsolador que en 1978 se tenga todavía que recurrir a esos "infantilismos" para expresar la idea de un proceso de autonomización, sobre la base de un proceso "dado" más general. Todo ocurre como si, mientras que la causalidad transitiva cartesiana había sido aceptada desde hace mucho tiempo, mientras que la causalidad espinocista es aceptada definitivamente con la cibernética, la biología molecular, el psicoanálisis lacaniano, etc., se hubiera puesto una barrera absoluta por parte de los guardianes de la ortodoxia materialista contra el "devenir sujeto", lo que E. Morin llama "la auto-generación de sí". Esta ortodoxia está ya atrasada respecto a las formas de causalidad de las que se sirven las ciencias de la Naturaleza (pienso en la termodinámica del desequilibrio de Prigogine, pero este nuevo "paradigma" es aún insuficiente para pensar el movimiento real de las masas). Sin embargo, una rigurosa barrera científica (en la cual participan tanto los Althusserianos en su caza al Sujeto, como los M. Pety en *France Nouvelle*) que vieron en el libro de M. Serres un ataque contra la concepción revisionista, es decir burguesa de la "cientificidad" prohíbe aún utilizar toda dialéctica que haga intervenir esa cierta cosa que Marx quería agregar a "todo el materialismo pasado".

¿Habrá que utilizar la maniobra piadosa consistente en hacer pasar la cosa bajo un manto formalista? ¿O poner la dialéctica a la "α dialéctica"? Pero para explicar un poco lo que se acaba de decir, habrá sin duda que utilizar las viejas palabras "sujetos", "sí mismo", mismo bajo la forma del prefijo griego "auto-".

(f) La contradicción de la economía mercantil (social/privado) induce en el productor un comportamiento de "sujeto alienado". Como a Althusser no le gusta la noción de Sujeto, él invita a no leer el capítulo I del *Capital*, que habla de esta contradicción. Es muy necesario, sin embargo, hablar de lo que la ideología burguesa evoca con la noción de "sujeto", aún si este término carga con él un montón de representaciones idealistas.

se, y de nuevo es posible hablar del comunismo como una "tendencia" del capitalismo sin volver a caer en Hegel ni en Stalin.

¿Qué proporciona entonces la "base" capitalista como condición e incitación a su transformación revolucionaria por el proletariado?

Como condición: la socialización del trabajo. Y esto, en un triple sentido. Primero, esta socialización tiende a hacer "estallar" la envoltura capitalista. Esto no significa que ella ocasiona el paso al socialismo. Pero significa al menos que fragiliza la reproducción de las relaciones capitalistas, que la pone periódicamente en crisis 48.

Por supuesto, la envoltura puede resoldarse: al precio de una guerra mundial por ejemplo. Pero la brecha está abierta temporariamente a la iniciativa autónoma de las masas. Luego, la socialización de las fuerzas productivas es —entre otras cosas— reforzamiento de la clase obrera en tanto que clase en sí. Esto no la hace una fuerza revolucionaria. Pero si llega a serlo... entonces el estado de las fuerzas productivas le ofrece un "campo de despliegue" considerable. *Por fin* —y este es el punto más delicado—, en tanto que "socialización capitalista", el desarrollo de las fuerzas productivas ofrece en efecto una "base" al socialismo.

Entendámonos bien. Estas fuerzas productivas, como tampoco el Estado, no podrán jamás ser "utilizadas tal cual", puesto que su utilización tal cual, es justamente eso, las relaciones de apropiación capitalistas. Pero ellas ofrecen una *matéria prima* para una nueva "revolucionarización de las fuerzas productivas", revolucionarización sin relación con la anterior, porque no se mide más por un crecimiento cuantitativo, sino por una transformación cualitativa 49: la reapropiación, individual y colectiva, del dominio de la naturaleza, la capacidad de "goce" en la actividad práctica que ella procura. Una lucha prolongada, tenaz, por reconstruir la socialidad del trabajo borrando poco a poco los "estigmas" de la forma privada de su apropiación.

Es muy probable que en el período de transición, lucha a muerte entre el comunismo naciente y el capitalismo agonizante, todo lo que se ganará en reapropiación, al precio de discusiones y luchas políticas, de utilización experimental de las instalaciones, etc., se perderá a menudo en productividad 50. Es por eso que el grado de desarrollo de las fuerzas

"La revolución no podrá tener lugar sino a favor de una nueva crisis, pero ésta es tan inevitable como aquella. K. Marx, *El 18 Brumario de Napoleón Bonaparte*. El estudio de la "inevitabilidad de la crisis" será el objeto de las partes II y III."

50 "Contrariamente a la interpretación dominante, nosotros debemos entonces comprender las frases clásicas que evocan la superioridad de las fuerzas productivas del socialismo no como una superioridad cuantitativa, no como algo de más y de la misma naturaleza, sino como una superioridad cualitativa, porque fundándose sobre relaciones diferentes entre los hombres, ella implica relaciones diferentes de los hombres con la naturaleza." (José Staceo, artículo citado.)

Estamos lejos de la "ley general de economía del Tiempo de Trabajo", que, según J. L. Dallenagne, serviría de gradímetro a la totalidad de los modos de producción.

51 Es sobre eso que se apoyaron los adversarios chinos de la izquierda maoísta: el "pablaretismo" y los "derroches" que imponían los "cómplices de los Cuatro", eran inaceptables en una China en los límites de la satisfacción de sus necesidades elementales. Claro, como lo hace notar Ch. Bettelheim, el "derroche" no está de ninguna manera probado, y la iniciativa de los problemas venía a menudo de la derecha. Pero la demagogia de los unos y los sectarismos de los otros ("¡sí ustedes continúan formando una banda de cuatro, van a caer!", Mao) arrastraron la opinión de la mayoría.

productivas capitalistas no está ligado mecánicamente a la "madurez del comunismo": es más fácil reapropiarse de una máquina de coser que de una cadena de montaje. Pero a la inversa, la "prioridad a la política", al "hacer la revolución", será tanto más realizable, cuanto que la reproducción económica estará liberada de la regulación por el tiempo de trabajo, lo cual presupone que las "necesidades primarias" sean satisfechas con un gasto insignificante de trabajo vivo. Allí está justamente el legado del capitalismo: el desarrollo del tiempo libre, que permite la creación libre, y hace de la actividad necesaria misma (que Marx no se atreve siempre a llamar "trabajo") un juego, "la primer necesidad vital".

Se puede, entonces leer de una manera completamente diferente los *Grundrisse*. La medida del tiempo de trabajo disponible se vuelve entonces el único índice *cuantitativo* en el que se lee en forma simple aquello que, en las fuerzas productivas de la automación, tiene que ver con la socialización y lo que tiene que ver con la apropiación privada. Pero a su vez ese tiempo disponible, por encima del trabajo necesario, que el capital utiliza para producir el plus-trabajo, una vez reapropiado por el proletariado, se vuelve el punto de partida para la reapropiación del tiempo de trabajo mismo⁵¹. La frase de Marx: "Yo concibo la gran

⁵¹ Se puede resumir de la siguiente forma ese desarrollo del "capítulo de la automación": "Con esa transformación, no es ni el tiempo de trabajo utilizado, ni el trabajo inmediato efectuado por el hombre los que aparecen como el fundamento principal de la producción de la riqueza; es la apropiación de su fuerza productiva general, su inteligencia de la naturaleza y su facultad de dominarla, desde que él se constituyó en un cuerpo social; en una palabra, el desarrollo del individuo social representa el fundamento esencial de la producción y de la riqueza."

El robo del tiempo de trabajo de otro sobre el cual reposa la riqueza actual aparece como una base intransferible en relación a la base nueva, creada y desarrollada por la gran industria misma.

Desde que el trabajo, bajo su forma inmediata, ha dejado de ser la fuente principal de la riqueza, el tiempo de trabajo cesa y debe cesar de ser su medida, y el valor de cambio la medida del valor de uso.

[El Capital] tiende siempre él mismo a crear tiempo disponible por una parte, para transformarlo en plus-trabajo por la otra. Si él tiene demasiado éxito en crear tiempo disponible, sufrirá de sobreproducción, y el trabajo necesario será interrumpido, porque el capital no puede más valorizar ningún plus-trabajo. Más se desarrolla esta contradicción, más se revela que el crecimiento de las fuerzas productivas no podría estar frenado más por la apropiación del plus-trabajo de otro.

Las masas obreras deben entonces apropiarse ellas mismas de su plus-trabajo. De ese modo, el tiempo disponible deja de tener una existencia contradictoria. El tiempo de trabajo necesario se mide desde entonces por las necesidades del individuo social. [...] No es más el Tiempo de Trabajo, sino el Tiempo disponible el que mide la riqueza.

Se sobreciente, por los demás, que el Tiempo de Trabajo inmediato no puede permanecer encerrado en su contradicción abstracta con el Tiempo libre —como es el caso en la economía burguesa—. El Trabajo no puede volverse juego como lo quería Fourier, quien ha tenido el gran mérito de demostrar que el fin último exige que se elimine no solamente la distribución actual, sino además el modo de producción, mismo bajo sus formas más desarrolladas.

El tiempo libre —para el esparcimiento tanto como para las actividades superiores— transformará muy naturalmente a aquél que lo goza, en un individuo diferente, y es este hombre transformado en que se presentará luego en el proceso de producción inmediato.

El verbo "deber", utilizado varias veces en ese pasaje, expresa de nuevo la "finalidad" de la tendencia, pero ya no en el sentido espinozista, sino al contrario en el sentido de la dialéctica de la ruptura revolucionaria. en el sentido de las "necesidades radicales", puesto de relieve por A. Heller.

industria no solamente como la madre del antagonismo, sino también como la creadora de las condiciones materiales y espirituales necesarias para la solución de este antagonismo, solución que evidentemente no podrá realizarse con suavidad⁵², esta frase de Marx toma un sentido limitado y preciso: las condiciones de la solución (la gran industria) no son ellas mismas la solución.

Pero más aún que condiciones para la revolución social, el desarrollo de las fuerzas productivas capitalistas crean la necesidad de la misma. Es aquí por supuesto, donde aflora el aspecto "idealista" de la dialéctica materialista. Esta "necesidad" resume en efecto toda la autonomía del aspecto revolucionario de la contradicción: es decir aquello que no es la simple prolongación de las tendencias anteriores, aquello que se "diferencia" de ellas⁵³, aquello que no está determinado por el estado de las cosas existentes, sino oponiéndose a él: ¡pero esto ya es mucho! Puesto que las "necesidades radicales"⁵⁴, que en cierta manera figuran en estado de "sueño que la humanidad tiene en la cabeza"⁵⁵ antes de hacerse "praxis" que transforma las condiciones, no son el fruto de una fantasía arbitraria: ellas constituyen la "finalidad" de una tendencia real, no en el sentido de una tendencia espinozista, que es en general el nuestro en este libro (g), sino en el sentido de la dialéctica revolucionaria, una suerte de subjetividad materialista en nombre de la cual se "debe" abolir lo que se hizo insostenible cuando están dadas las condi-

⁵² Carta a Kugelmann del 17 de marzo de 1868.

⁵³ De donde deriva, nosotros lo hemos visto, el interés de Marx por el cálculo diferencial y por el "clínamen" de Epicuro y Lucrecio.

⁵⁴ La expresión proviene de la *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel*. Después del célebre pasaje: "La teoría se hace fuerza material cuando ella se apodera de las masas". Marx precisa: "La teoría no puede ser realizada en el seno de un pueblo sino en la medida en que es la realización de las necesidades del mismo... Una revolución radical no puede ser sino la revolución de las necesidades radicales..."

⁵⁵ "Se verá que desde hace mucho tiempo el mundo posee el sueño de una cosa de la cual le falta la conciencia para poseerla realmente. [...] Nosotros podemos formular la tendencia de nuestra revista (los "Anales Franco-Alemanes") en una sola palabra: auto-explicación de nuestra época sobre sus luchas y sus aspiraciones". Carta de K. Marx a Ruge, marzo de 1843, en *Textos 1842-1848*, Cahiers Spartacus, 1970.

El discurso comunista de Marx se depuró mucho, su concepción "mayéutica" de la relación luchas/programa, movimiento real/Teoría, y por lo tanto masas/organización, no variará. Es lo mismo que se expresa en el Lenin de "*El Estado y la Revolución*" (por ejemplo respecto de la Comuna de París), es lo que Mao llama "línea de masa" (y que no tiene nada que ver con una "línea para uso de las masas").

(g) La "tendencia espinozista" es la tendencia de un ser a conformarse a su propia esencia, de una estructura a reproducirse, etc. Ella expresa la primacía de la unidad sobre la lucha en una contradicción (primacía que, para un materialista revolucionario, no puede ser sino relativa y temporal). Como mi libro trata esencialmente de la "regulación" del capitalismo, el término "tendencia" está empleado en general en su sentido espinozista.

ciones de actuar en forma diferente: "Nosotros llamamos comunismo al movimiento real que abole el estado de cosas existente"⁶⁶.

¿Es necesario precisar que las "necesidades radicales" se oponen a las "necesidades sociales" que nosotros hemos definido a propósito de los esquemas de acumulación (h), como la revolución se opone a la reproducción? Esas necesidades son sin embargo igualmente materiales y surgen de la misma base: pero las primeras se oponen a la perennidad y a la profundización de las relaciones capitalistas mismas; las segundas se inscriben, por el contrario, dentro de su dinámica. Incluso en el dominio económico: las primeras bloquean la acumulación, abren la crisis del sistema, las segundas son por el contrario, integrables a la programación capitalista, ellas aguijonean el desarrollo de las fuerzas productivas. Así se oponen la lucha obrera autónoma, y la lucha sindical tradeunionista.

Esas "necesidades radicales" ¿cuáles son?

Marx las deduce desde el comienzo de la crítica de la economía política por el método hegeliano de la negación, en páginas tan bellas y tenebrosas como el Evangelio de San Juan: *Los Manuscritos de 1844*. En la realidad, detrás de Feuerbach y Hegel aflora el mito de la Cruz y de la Resurrección, aquí de la alienación y de la reapropiación: "El ser humano debía ser reducido a esta pobreza absoluta para poder dar nacimiento a toda su riqueza interior."

Pero a medida que Marx pasará de una crítica filosófica de la "alienación" a un estudio científico de las relaciones de explotación —la medida también que el movimiento real se desarrollará, hasta la Comuna de París!— las "necesidades radicales" perderán esta forma grosera e idealista de pura negación para echar raíces en las tendencias immanentes del desarrollo capitalista que les sirven de base. Nosotros las leemos hoy en el "programa obrero" [que no tiene nada de "contra-plan"!]

⁶⁶ La Ideología Alemana, op. cit., p. 45.

Após Heller expone la diferencia entre las dos dialécticas invocando por un lado la pareja "Hegel/Fichte"; por un lado la transformación de "deber" en causalidad natural, por el otro su transformación en "deber colectivo".

Por otro lado ella se apoya ya sea sobre la contradicción "fuerza productiva/relación de producción", ya sea sobre la contradicción "social privado" del capítulo I.

Si es cierto que este último ejemplo es incomprensible en la dialéctica más específicamente espinosista que hegeliana, de la "ley natural" (y es por esto que Althusser prohíbe leer ese capítulo), no se puede decir que la segunda dialéctica sea específica a la contradicción social/privado.

Yo propondría, para designar las dos dialécticas, los pares "espinosista/específicamente marxista", o "dialéctica de la reproducción/dialéctica de la ruptura". (Uno estará tentado evidentemente de oponer más bien immanencia y trascendencia, necesidad y libertad, etc.) Señalémos que, para cada contradicción dada, las dos dialécticas no son extranjeras una de la otra: ¡ellas forman una contradicción, con unidad y lucha, etc.! De allí el "doble carácter" de las fuerzas productivas, de la clase obrera, y mismo de las necesidades sociales/radicales.

(h) Las "necesidades sociales" representan lo que los economistas llaman la "demanda", pero tal como ésta es determinada, en el seno de los esquemas de reproducción, por la estructura de la producción. Mismo la "necesidad" de un aumento regular del nivel de vida se inserta dentro de las necesidades de una acumulación intensiva.

⁶⁷ Publicados en las *Éditions Sociales* bajo el título *Manuscritos filosófico-económicos*, y en la colección UGE 10/18 bajo el título *Primer Crítica de la Economía Política*.

diseñado por el contenido de las luchas de estos últimos años, entre las cuales LIP 73 ha jugado un papel central⁶⁸.

—rechazo de la parcelarización del trabajo,

—rechazo de la movilidad de la fuerza de trabajo,

—rechazo de los 3 x 8, del trabajo a destajo, de las cadencias,

—rechazo de la cotización por puesto, del servicio de la máquina,

—rechazo del racismo, del sexismo, de las divisiones,

—rechazo a sufrir la austeridad y la reorganización...

Esta última "necesidad" puede expresarse en la consigna "empleo e ingresos garantizados". Aquí nosotros abordamos la ambivalencia entre "necesidades radicales" y "necesidades sociales", ligada al doble aspecto de la clase obrera señalado más arriba. Las formas propias de la regulación monopolista, incluso de su crisis, han integrado, de hecho, parcialmente, esas necesidades, antiguamente "radicales", al orden de las "necesidades sociales". Es la razón por la cual la consigna evocada no ha podido resumir, ni alentar, contrariamente a lo que se habría podido creer (a lo que yo he creído), la autonomía obrera frente a la crisis. Mientras que se desarrollaban, en Michelin, en Renault, con el desarrollo del feminismo hasta en las fábricas otras aspiraciones antipitalistas de masas, otras "necesidades radicales": el tiempo de vivir, la recalificación del trabajo, el derecho a la dignidad... Pero la oficina de un instituto de investigación ¿es el lugar desde donde se puede hablar de necesidades radicales⁶⁹?

⁶⁸ Yo no hago notar aquí sino las necesidades radicales surgidas sobre la base de la contradicción estudiada en esta sección: la relación de desposesión. Pero hay muchas otras necesidades radicales, ligadas a otras relaciones (hombres/mujeres, etc.)

Para un estudio más profundo de la relación luchas/necesidades/programa, ver mi artículo "Detrás de los programas, ver las fuerzas", sobre todo los desarrollados que se encuentran en *La Transición socialista*, op. cit.

⁶⁹ Ver el Prefacio de *El Capital* y su espacio.

La división social del trabajo y el obrerismo.

La oposición entre división "manufactura" y división "social" del trabajo, es decir en el seno de las unidades económicas, y entre las unidades económicas, está desarrollada por Marx en un texto muy claro: "Mientras que en la manufactura la ley de hierro de la proporcionalidad somete a números determinados de obreros a funciones determinadas, el azar y lo arbitrario juegan su juego desordenado en la distribución de los productores y de sus medios de producción entre las diversas ramas del trabajo social.

Las diferentes esferas de la producción tienden, es cierto, a ponerse constantemente en equilibrio. Por un lado, cada productor mercantil debe producir un valor de uso, es decir satisfacer una necesidad social determinada: ahora bien, lo extenso de esas necesidades se diferencia cuantitativamente y un lazo íntimo las encadena a todas en un sistema que desarrolla espontáneamente sus proporciones recíprocas: por otra parte la ley del valor determina cuánto de su tiempo disponible la sociedad puede ocupar para la producción de cada especie de mercancía. Pero esta tendencia constante de las diversas esferas de la producción a equilibrarse, no es sino una reacción contra la destrucción continua de este equilibrio. En la división manufacturera del taller, el número proporcional dado primero por la práctica, después por la reflexión, gobierna a priori a título de regla, a la masa de obreros afectada a cada función particular; en la división social del trabajo éste no actúa sino a posteriori como necesidad fatal oculta, muda, tangible solamente en las variaciones barométricas de los precios del mercado, imponiéndose y dominando por medio de catástrofes, lo arbitrario desordenado de los productores mercantiles" (a).

División manufacturera

Ley de hierro de la proporcionalidad a priori
cálculo, reflexión
proporción gobernada

División social

Ley del valor a posteriori
arbitrario desordenado
equilibrio inestable que se impone a través de catástrofes.

En la manufactura, "la práctica, y luego la reflexión, gobierna a priori a título de regla la masa de obreros afectados a cada función particular". ¿Por qué, entonces, "la práctica y la reflexión" no permitirían a cada unidad calcular cuánto producir y cuánto puede ella esperar en cambio? Nosotros veremos que ese sueño de una "regulación ex-ante" (o a priori) de la producción mercantil, encuentra un comienzo de realización bajo la forma monopolista de la regulación mercantil y las formas modernas, inflacionarias, de fijación de los precios (¡pero un comienzo solamente, y que se revela ilusorio!) (b).

(a) *El Capital*, libro I, Garmier-Flammarion, p. 262.

(b) Es lo esencial de mi libro, que es imposible resumir acá.

Sucedía igualmente con la forma "planificada" del capitalismo de Estado, del cual Ch. Bettelheim (c) ha mostrado que el sistema de normas administrativas, lejos de realizar una socialización efectiva de la producción, no hacía sino representar de otra forma la resolución imperfecta de la misma contradicción. La reflexión sobre el capitalismo de Estado permite por otra parte una comprensión más profunda de la regulación mercantil; desgraciadamente, la tendencia dominante entre los marxistas en los años 60 ha más bien sub-valorado la diferencia radical que opone la división social y la división manufacturera del trabajo, como si las formas más avanzadas del capitalismo hubieran terminado por solucionar la contradicción social/privado. Es la posición teórica en Francia de la corriente althusseriana cuando ella no hace resaltar sino la reproducción de conjunto, es la posición política del "obrerismo" italiano cuando adelanta con Antonio Negri el concepto de "Estado-Plan" (d).

La causa fundamental de la imposibilidad del "cálculo a priori" es que, si cada agente propietario de una unidad de producción puede terminar por saber qué tiempo de trabajo es necesario para realizar en su unidad tal tipo de producción, no sabe (salvo el caso del monopolio idealizado) ni cuántos productores realizan independientemente de él la afectación del trabajo social a la misma rama, ni qué tiempo de trabajo social deben éstos utilizar para la producción de la misma cantidad de valor de uso.

El intercambio no es entonces simplemente la medida del trabajo incorporado en una mercancía, es reconocimiento social de la utilidad del trabajo ocupado en esta producción: resuelve entonces (mediando las catástrofes...) la contradicción entre trabajo efectivamente realizado y trabajo necesario, forma derivada de la contradicción privado/social.

La expresión de este procedimiento de validación social de los trabajos privados, es la forma-valor y sus derivados, la forma-dinero y la forma-precio. El precio no puede entonces ser la expresión de la medida directa del tiempo de trabajo efectivamente utilizado, y el dinero no puede ser reemplazado, en una economía mercantil, por los "bonos de trabajo" de los que hablaba Proudhon. Si el valor individual de una mercancía podría tomar la forma de un bono de trabajo, es que el trabajo socialmente necesario para su producción sería conocido. Es decir, que se procedería por adelantado (a priori) a lo que Ch. Bettelheim (en *Cálculo económico y formas de propiedad*) llama un "cálculo económico-social", y se destinaría la cantidad deseada de trabajo a la producción dada. Pero entonces no se estaría más en una economía capitalista en que el trabajo comprometido en forma privada debía hacer reconocer "a posteriori" (o como dice Marx, "post festum") su carácter social.

No podría insistirse demasiado sobre este punto decisivo. Toda la reflexión económica de Marx se apoya sobre esta ruptura (efectuada en los "Grundrisse"), con la economía clásica y su identificación del valor

(c) Ver *Cálculo económico y formas de propiedad* de Ch. Bettelheim, así como *Las luchas de clases en U.R.S.S.*, tomo II (y tomo III, próximo a aparecer).

(d) Ver E. Balibar, *Para leer el Capital*, Petite Collection Maspéro, tomo II, y A. Negri, *La clase obrera contra el Estado*, Galilée.

de cambio y del valor, que permite, siendo el precio igual al valor exceptuando un coeficiente de proporcionalidad (o, para los "neoricardianos", exceptuando una transformación algebraica), la dicotomía entre la economía real y su velo monetario. Criticando sobre este punto al mismo tiempo a Proudhon y a Adams Smith, Marx explica el papel de mediación necesario del dinero en una economía mercantil:

"Sobre la base de los valores de cambio, el intercambio debe primeramente volver general al trabajo. Sobre la base comunitaria, él lo sería antes del intercambio; en otras palabras, el intercambio de productos no sería de ninguna manera el intermediario, gracias al cual el individuo participa en la producción universal.

Es necesaria, naturalmente, una mediación. En el primer caso, se parte de la producción autónoma de los individuos particulares, que está determinada y modificada post festum por relaciones complejas: la mediación se efectúa por el intercambio de mercancías, el valor y el dinero, otras tantas expresiones de una sola y misma relación. En el segundo caso, es la presuposición misma la que sirve de mediación; en otras palabras, la presuposición es una producción colectiva; siendo la comunidad el fundamento de la producción. De entrada el trabajo del individuo se plantea allí como trabajo social. [...]

En el primer caso, el carácter social de la producción no se obtiene —post festum— sino erigiendo los productos en valores e intercambiándolos. En el segundo, el carácter social de la producción está directamente asegurado. La participación en el mundo de los productos y en el consumo no tiene que pasar por el intercambio de trabajos o de productos desprovistos de lazos entre ellos. Ella está asegurada por las condiciones de la producción en el seno de las cuales el individuo trabaja.

Así entonces, querer hacer directamente del trabajo del individuo y de su producto una moneda, *un valor de cambio realizado*, significa que se determina directamente su trabajo como trabajo general: es negar las condiciones bajo las cuales éste debe necesariamente volverse dinero y valor de cambio, desde que depende del intercambio privado. No se puede satisfacer esta reivindicación sino en las condiciones en que la misma ya no se plantea. Sobre la base de los valores de cambio, el trabajo del individuo y su producto no son directamente generales; para obtener ese carácter, les hace falta un *intermediario* material, una *moneda* diferente de ellos" e).

Un texto notable de varios puntos de vista. Además de que hace resaltar con particular claridad la génesis social de la forma moneda, subraya una oposición entre comunismo y capitalismo que no se tiene

(e) *Fundamentos de la crítica de la economía política (Grundrisse)*. Anthropos, tomo I, página 109.

sino demasiada tendencia a olvidar, desde que el monstruoso camuflaje del capitalismo de Estado en "socialismo realizado" ha reducido la definición de éste a la abolición de la propiedad jurídica privada de los medios de producción, inhibiendo la definición marxiana ("comunidad de los productores libremente asociados").

Otro punto interesante de ese texto, es el paralelismo de las oposiciones "producción comunitaria/producción mercantil" y "división manufacturera/división social del trabajo": en los dos casos la repartición de las actividades está regulada sea "a priori" por la "colectividad", sea a posteriori por el intercambio. Este paralelismo es una fuente permanentemente de confusión. Primeramente, es el fondo de la crítica vulgar o sofisticada (aquella de J. Chirac y R. Barre o aquellas de los "Nuevos Filósofos") del comunismo: la "libertad" contra el "colectivismo". Abolir las relaciones mercantiles sería hacer reinar por todo la "ley de hierro" que reina en las fábricas. A lo que se puede contestar que, por un lado, los obreros ya la conocen y no hacen de eso un drama, pero sobre todo que la abolición de la separación "horizontal" entre los trabajos privados no implica nada sobre la organización vertical al interior de la comunidad. Se puede muy bien tener una estructura despótica (por ejemplo la sociedad Inca, que efectivamente ignoraba la moneda), pero nada implica lógicamente que así sea: sólo el estado actual de la división del trabajo engendra la ilusión de que los trabajos particulares no pueden ser coordinados sino por el mercado o por la coerción.

Por supuesto, como la división del trabajo heredada del capitalismo se reproduce en la transición socialista (ella no puede sino ser "reducida" progresivamente), el "mercado" y la "coerción" permanecen largamente como las formas de "socialización" dominantes de los trabajos privados. Sólo el desarrollo de las comunas populares y del poder obrero en las unidades permitirían cortarlas.

En todo caso, en la sociedad capitalista, hay que trazar y mantener una demarcación fundamental entre la forma en que son "socializados" los trabajos privados en el mercado y la forma en que son organizados los trabajos particulares al interior de una fábrica. Es, como lo hemos dicho, la distinción que borran tanto los althusserianos franceses como los "obreristas" italianos, quienes no dudan, como Antonio Negri, en hablar de "sociedad-fábrica". Apoderándose de ese pasaje de los Grundrisse, A. Negri (f), al precio de un completo contrasentido acompañado de una ligera falsificación, asimila la oposición entre las dos formas de mediación (mercantil y comunitaria) a lo que nosotros llamaremos más tarde la oposición entre la regulación concurrential y la regulación monopolista! (La falsificación consiste en que la cita se choca con un extracto de otro pasaje de los Grundrisse que opone el trabajo del compañero y el trabajo del obrero, la sumisión formal y la sumisión real del trabajo al capital.) Como él pone la fecha simbólicamente en 1929 y atribuye a la influencia de Keynes, la ubicación de esta última, puede escribir sin pestañear: "A partir del 29 entonces [...] el carácter social de la producción convierte de golpe al producto en producto general y social". Nosotros veremos que no hay nada de eso, mismo si alguna cosa cambia en la relación social/privado.

(f) "Crisis del Estado-Plan", en *La clase obrera contra el Estado*, pp. 163-165.